

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

CANALES DE SANGRE



W. SAMPAS

CANALES DE SANGRE



CANALES DE SANGRE

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Orne, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1959

Depósito legal: B. 1215 - 1960

Número de Registro: 6.204 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

CANALES D' SANGRE



CAPÍTULO PRIMERO



A noche le envolvía por completo. Fuera de la cabina del «Tiger», el frío debía de ser intenso, pero la calefacción del vehículo era lo bastante fuerte como para sentirse a mil millas del exterior. Los dos potentes focos, situados debajo de la cabina, iluminaban ampliamente la superficie rojiza del desierto marciano, y a la izquierda, como único punto de orientación, la línea del Canal, de uno de los canales, secos desde hacía siglos, o milenios, que se abrían como fosos larguísimos, inmensos, sobre la superficie del planeta.

Robert pensó en todo lo que había oído y leído sobre los canales hasta verlos en realidad. Hipótesis admitida y desechada con frecuencia, se había visto finalmente corroborada por la realidad, demostrando que habían existido siempre y que eran, como todo lo que había en aquel mundo desierto, los restos de una antiquísima civilización cuyos promotores dejaron de existir hacia muchísimo tiempo.

Al joven le causaba una penosa impresión pensar en aquellos seres, cuyos esqueletos se habían encontrado en muchas partes, convertidos en piedra o marcando el légamo de los canales. Por su aspecto debían de haber sido muy semejantes a los hombres. Y era aquello, precisamente aquella similitud, lo que hacía meditar al conductor del «Tiger» sobre lo poco que puede llegar a ser una raza en el juego misterioso del Universo.

Hacia solamente cinco años que los hombres llegaron a Marte y sus huellas apenas si cubrían una parte pequeñísima del planeta. Verdad era que al final de aquella ruta se elevaba Shardópolis, una ciudad tan grande como Chicago, donde la vida bullía con intensidad creciente, dentro del ambiente que sus construcciones campanudas proporcionaban a sus habitantes, incapaces como todo ser humano de resistir el frío de las noches marcianas.

Pero fuera de la ciudad fundada, un lustro antes, por William Shardon, el primer astroexplorador que puso los pies en Marte, no había nada. Porque nada era New Ville, de donde él procedía: un

montón de construcciones y hangares rodeando las zonas de donde se extraía el uranio que él llevaba en el «Tiger».

Y menos que nada era aún Center Site, el lugar hacia el que se dirigía: un poblacho sin importancia, con el garaje y depósito de cargas de Giuseppe y aquella banda de granujas que mandaba el italiano Donatello.

Al pensar en Luigi Donatello, Robert frunció el entrecejo.

Nunca hubiera llegado a imaginar que la policía de Shardópolis fuese tan inepta como para permitir actuar a gente de una carencia de escrúpulos tan a la vista como Luigi y sus hombres. Seguro que sabían que hacían pagar a los camiones una especie de «derecho de peaje», pero cerraban los ojos como los cerraban ante tantas otras cosas.

Claro que se vivía muy bien en Shardópolis, aislado del ambiente crudo del planeta, en aquellos edificios de aire acondicionado, en los salones de fiesta, en los cines y en los teatros, en las calles protegidas del rigor exterior por enormes campánulas...

De eso se aprovechaban gentes como Luigi, viviendo en pleno desierto, a cuatrocientas millas de la ciudad, limitándose a ir acumulando dinero para, en el futuro, poder regresar a la Tierra y montar algún negocio en grande, más o menos ilícito.

Mientras el...

Él, como los otros conductores de la Compañía se pasaba la vida yendo de la ciudad a New Ville con aquella especie de mastodonte que era el «Tiger» un vehículo-oruga con una carga de cien toneladas, un coloso tremendo que surcaba el desierto a una velocidad de más de doscientos kilómetros por hora

Le pagaban bien y esperaba que un día, lo menos lejano posible, pudiera permitirse el lujo de volver a América y ofrecer a Dora, su esposa, una vida como la que ambos hablan soñado desde siempre.

Diez años de trabajo, diez años de vida dejada, a trozos, día a día, en aquel interminable desierto, y lograrla reunir una fortuna respetable para poder vivir, lo que le quedase de existencia, en cualquier ciudad americana, con un comercio honrado y la posibilidad de dar a los hijos, cuando viniesen, un futuro normal.

Había colocado el piloto automático y fumaba, cigarrillo tras cigarrillo sumido en sus ideas, hundido en lo profundo de sus ambiciones. También debían de haberlas tenido los seres que construyeron los canales y cuyos esqueletos eran ahora lo único que de ellos quedaba.

Sonrió.

—No debes dejarte llevar por una filosofía barata —se dijo en voz alta—. Llegarás a casa al amanecer y podrás pasar dos días de

descanso al lado de la muchacha más bonita del universo. ¿Qué más quieres?

La idea de volver a estar junto a Dora le puso de excelente humor y estuvo en un tris de poner en marcha la televisión de a bordo, gozando con uno de los espectáculos que daba, cada noche, la emisora de Shardópolis. Quizás interviniese John Burder, aquel tipo cómico que contaba chistes que hacían reír de una manera sana.

Pero prefirió no hacerlo.

Interminable, el muro grisáceo del canal parecía deslizarse a su izquierda. Y, sin poderlo evitar, se puso a pensar en la próxima parada, obligada, en Center Site.

¿Por qué diablos consentía la policía aquel pago de peaje en un punto del desierto donde, si él hubiese querido, no habría parado el vehículo?

Claro que lo pararía, porque no tenía ganas de historias y recordaba perfectamente la paliza que habían dado a Charles, un compañero de trabajo que se negó a detenerse y a pagar lo que Luigi exigía.

No era tonto el tal Luigi...

Jamás había tocado la carga del camión ni hecho el menor daño a ningún vehículo de la compañía. Se cebaba con los débiles, con los chóferes: obligándoles a pagar una cantidad que mermaba considerablemente la prima que por cada viaje con carga les daban.

Luego estaba la cena.

Robert sonrió, de mala gana, pero sin poder reprimir un pensamiento de admiración hacia el italiano. Todo había sido montado por aquel granuja de una forma aparentemente inocente; más aún, falsamente humanitaria.

Consiguió un permiso para establecer una cantina en el desierto, «de modo a poder auxiliar a los pobrecitos chóferes». Después de la cantina, convenció al viejo Giuseppe, un hombre sin voluntad pero que era un excelente mecánico, a poner un taller de reparaciones urgentes. Y bajo la apariencia de un descanso provechoso para los conductores, los esquilmaaba tranquilamente, vaciándoles los bolsillos.

¿La cena?

Era obligado tomar algo en la cantina de Luigi, donde los precios de las cosas eran diez veces mayores que en la ciudad; pero ¿quién podía dejar de complacer al astuto italiano?

Robert no sabía si alguien se había atrevido a hacer una denuncia; pero, aunque ocurriese así y los policías de la ciudad, cosa muy poco probable, se molestasen en ir hasta Center Site... ¿qué podrían encontrar allí?

Un bar moderno, un comedor coquetón y un taller de reparaciones.

Ya tenía buen cuidado Luigi en «percibir las primas» cuando nadie podía servir de testigo.

«Son unos granujas... » —pensó el joven.

Pero lo único que le interesaba era llegar pronto Junto a Dora y pasar dos días maravillosos a su lado. Recorrerían las plácidas calles de Shardópolis, visitarían los almacenes suntuosos, bailarían un par de noches e irían a alguno de los espectáculos recientemente llegados de la Tierra.

¿Qué más podía pedir?

El «Tiger» avanzaba en la noche, bordeando el canal, guiado por el piloto automático, como una masa enorme y segura. Sus cuatro reactores rugían furiosamente, pero su ronquido no llegaba casi hasta la cabina, donde sólo se oía como un lejano susurro. Las cadenas del oruga habían trazado unas líneas brillantes sobre el suelo rojizo que eran ya como una especie de vías de rieles plateados apuntando hacia adelante

Echo una ojeada a los instrumentos de a bordo, viendo complacido que todo marchaba bien. El radar le devolvía las imágenes lejanas de Center Site, donde se aproximaba a gran velocidad.

Cuando el mecanismo del radar, conectado al telémetro, le señaló que la distancia que le separaba de la parada era corta, desconectó el piloto automático y redujo el paso de combustible fusible a los generadores. El vehículo, de una manera ostensible, disminuyó la marcha.

Poco después vio las luces azules de los edificios del Center y fue frenando, con cuidado, hasta detenerse junto a ellos. Se puso la pelliza de plástico, con termogenerador en el forro, que conectó a la pila del cinturón, ya que debía atravesar un espacio libre, hasta el edificio que tenía al lado, y conocía la temperatura exterior, muy baja a aquella hora de la noche.

La puerta de la cabina se abrió, descendiendo el joven por la escalera metálica, al tiempo que la puerta volvía a cerrarse. La sensación cortante del frío le azotó el rostro. E inclinando la cabeza corrió hacia la puerta del Center, que se abrió ante él cuando su cuerpo cortó el invisible hilo de la luz fotoeléctrica.

El aspecto de la sala donde penetró era el de siempre.

La mesa del fondo estaba ocupada por la banda del italiano: Toni, Pietro, Enrico y el propio Luigi, que estaba repartiendo los naipes.

Al verle entrar, se levantó y se le acercó sonriente.

—¡Hola muchacho! ¡Bien venido!

Luigi Donatello era un hombre delgado, de piel curtida con ojos y cabellos intensamente negros, ondulados estos últimos y bien untados con brillantina. Una línea negra, la del bigote, ornaba el labio superior que, como el inferior, era delgado, mostrando una fina superficie casi exangüe, de pálido color rosado.

Iba admirablemente vestido y su corbata multicolor, un tanto chillona, era la única nota discordante en, su atuendo.

—¿Quieres cenar?

Robert sonrió.

«¡Vaya pregunta! —se dijo—. Este tipo es cada vez más burlón. Bien sabe que lo de la cena es una obligación... »

—Sí —dijo en voz alta.

—Siéntate donde quieras. Van a servirte ahora mismo.

Y oprimió un botón, sin dejar de sonreír.

—Yo voy a seguir jugando con los muchachos, ¿sabes? Luego ajustaremos cuentas.

—Está bien.

Se sentó Robert en una de las mesas, al lado opuesto de la sala. Quizás era él al único que Luigi no invitaba a jugar, otra manera de robar, porque sabía que a Robert Clak no le gustaban los naipes.

Robert se había quitado la pelliza protectora, desconectando el calentador y colgando la prenda en una percha cercana a la mesa que había elegido.

Encendió un cigarrillo.

En aquel momento, la puerta del fondo se abrió y una muchacha, extraordinariamente hermosa, de clásico tipo italiano, se acercó a él, sonriente.

—Buenas noches, Robert.

—Hola, Gina.

—¿Quieres comer?

—¡Qué remedio! —rió él.

Te traeré algo bueno. Sabía que eras tú quien debía pasar esta noche y te he preparado tu plato preferido.

—Gracias, Gina.

Ella se alejó hacia la puerta por la que había entrado, y Clak la siguió con la mirada, frunciendo el entrecejo.

Aquello era otra de las cosas que no comprendía.

Gina era la hija de Giuseppe, el encargado del garaje. Vivía con su padre, en uno de los edificios anexos y se pasaba la vida allí, ya que el joven no recordaba haberla visto nunca en la ciudad. No era, en modo alguno, un panorama divertido... ni muchísimo menos.

Y la presencia de la hermosa italiana en aquel lugar no debía ser nada cómodo, ni lógico, sobre todo para ella. Aunque Robert sabía que ella era valiente y que había sabido pelear contra los apetitos inconfesables de aquellos granujas. Claro estaba que ella jugaba con una buena carta, pues un escándalo de aquel tipo sí que podía hacer que la policía visitase Center Site.

Y a Luigi no le interesaba en absoluto aquella clase de publicidad.

De todas las maneras, no debía de ser muy alegre la vida de aquella muchacha.

Gina volvió con un plato de carne preparado según una fórmula napolitana y que complacía plenamente al muchacho. También le trajo una botella de cerveza.

Después de servirle, ella se quedó allí. Como solía hacerlo, sentada frente a él.

—¿Contento de volver a la ciudad? —inquirió.

—Eu... —dijo él, con la boca llena. Y cuando pudo hablar—: Sí, Gina, tenía muchas ganas de volver. Ya sabes que mi coche estuvo en New Ville en reparación.

—Sí, ya lo sé.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Y Dora?

Él la miró. Porque la italiana solía preguntarle siempre por su mujer, pero solía hacerlo con un tono especial en la voz.

—Como siempre —contestó evasivo.

Y como de costumbre, se llamó interiormente tonto, estúpido y otras cuantas cosas más, sin poder explicarse aquella especie de rubor que le afectaba cuando Gina le preguntaba por Dora.

No, no era tan tonto.

Estaba seguro, y no había en aquella idea presunción alguna, de haber ejercido sobre la muchacha una atracción positiva, sin haber puesto nada de su parte. Pero las cosas eran así y no podían cambiarse.

Gina le miraba con más simpatía que a los demás conductores y Robert Clak había llegado a temer que ella se hubiese enamorado de él. Le dolía mucho aquella hipótesis, ya que estaba enamorado de Dora y nunca, ni remotamente, había pensado en engañarla.

Sentía, eso sí, una gran simpatía por la italiana y comprendía perfectamente que ella deseara sentirse protegida, limpiamente, por alguien a quien confiar todo lo que llevaba dentro del corazón: la amargura de aquella vida que la pasividad y la falta de coraje de su padre le había impuesto y otras cosas que toda mujer necesita decir a alguien.

Gina bajó la voz para decir:

—¿Has hablado ya con Luigi?

—No. Nos hemos saludado solamente.

—Han aumentado la «tarifa».

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora son doscientos cincuenta dólares.

Clak se mordió los labios.

—¡No puede ser! Él sabe que la prima por viaje es de trescientos veinticinco. Lo sabe tan bien como nosotros... Ya nos hace pagar treinta por la cena... ¿Es que cree que vamos a trabajar para él?

—Ya lo sé, Robert; pero he querido advertirte.

—Algún día nos hartaremos y...

La mano de ella se posó sobre la de él. Clak no pudo evitar un escalofrío.

—No hagas locuras —dijo ella—. Tú no sabes nada, Robert... absolutamente nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué hablas tan enigmática?

—No puedo decirte más. Las cosas pueden ponerse mucho peor para ti si no pagas.

—¡Si no tuviese a Dora! ¡Entonces verían que no les temo!

—No digas tonterías, Robert. Ya sabes que los de la Compañía no perdonan a ningún chófer que estropee un camión... Si, ya sé que tú no lo harías, pero ellos lo harían, de modo a que toda la culpa, a que toda la responsabilidad cayese sobre ti...

—¡Somos unos cobardes!

—No, Robert; tú no eres ningún cobarde. Lo que ocurre es que el ambiente, en Marte, se ha podrido.

¿No viste, al llegar, hace años, que todo iba bien y que el espíritu de los primeros era maravilloso...? Vivíamos como hermanos, deseosos de crear aquí algo verdaderamente grande.

»Pero después llegaron las grandes Compañías y todo se estropeó. Porque a la sombra de la riqueza nacen todos los vicios. Y llegaron los hombres como Luigi y otros que tú no conoces: gente dispuesta a pescar en el río revuelto.

»Están ahora las cosas demasiado complicadas para poder arreglarlas de nuevo. Créeme, Robert: hay que resistir, ir viviendo, con la sola esperanza de poder regresar un día a la Tierra.

—¿También quieres hacerlo tú?

—¿Y por qué no? ¿Crees acaso que deseo morirme aquí, hacerme vieja en este infecto rincón?

—Tienes razón... perdona.

—No me has hecho nada que merezca perdón, amigo mío. Ya sé que el precio del pasaje a la Tierra es desorbitado. Los de las Compañías de Astronaves están en combinación con los demás. ¡Hay que impedir que la gente deserte! ¡Se necesitan brazos en Marte, gente que muera aquí, trabajando como esos desdichados de las minas de uranio!

—Todo eso debe saberlo la policía.

Ella sonrió burlona.

—¡Claro que lo sabe! Tú eres quien no sabe las cantidades que recibe ese Sipson.

—¿Edward Sipson? ¿El jefe de policía?

—El mismo. Todos le pagan y así van las cosas.

—Pero existe la SIP.

—Ya lo se. Solo que la SIP no interviene en nada porque los informes de la situación que llegan a la Tierra son estupendos... «Todo va bien»... «Sin novedad»... ¿Entiendes?

—Creo que sí.

Hubo una pausa.

—No hay arreglo, Robert. Tú pagarás lo que te pidan y los otros harán como tú. Esperando sólo el momento de poder coger un astrocohetes y regresar a la Tierra para siempre.

—La Compañía de Transportes nos garantiza el viaje.

—Ya lo sé, pero cuando hayas cumplido el contrato de diez años, cuando hayan pasado esos diez años... ¿qué otras cosas no habrán inventado para fastidiarte? Ellos no desean más que tu trabajo, tu esfuerzo: lo demás: tus ambiciones, tus sueños, tus ideas... ¿qué puede importarles?

—Pareces muy enterada, Gina...

—Más de lo que puedes imaginarte. Es posible que algún día podamos hablar tranquilamente; aunque ¿es tan importante hacerlo?

Miró hacia atrás.

—Ahí viene Luigi. Debe haber perdido en el juego, a juzgar por la cara que trae. Tú límitate a pagar y vuelve a tu camión. No olvides que Dora te espera...

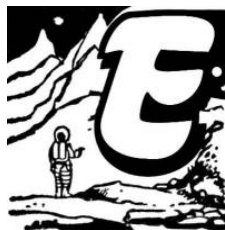
¿No había un tono burlón en aquellas palabras?

Robert no tuvo tiempo de detenerse a considerarlo. El italiano se dejó caer en la silla que Gina había dejado vacía y con tono seco dijo;

—Ya te habrán dicho que hemos aumentado la cuota...

Clark asintió.

CAPÍTULO II



L desierto otra vez.

Pero ahora, a partir de Center Site, donde el canal torcía hacia el norte, separándose de la natural prolongación con una abertura de cerca de ochenta grados, el camino seguía hacia la ciudad, delimitado por hitos fosforescentes que iluminaban la ruta.

No se podía entonces colocar el piloto automático. Y Robert cogió el volante, acelerando progresivamente, dispuesto a «tragarse» aquellas cuatrocientas millas en el mínimo tiempo posible.

¡Dora!

Sólo pensaba en su mujer y había alejado, voluntariamente, todas las demás ideas y las palabras de Gina, como si su mente fuese alejándose a la misma velocidad que el «Tiger».

Atrás quedaba Center Site, con sus miserias, sus trampas, sus hombres sórdidos y aquella hermosa muchacha, duramente realista y que, a pesar de todo, parecía haber perdido la esperanza.

Para ella y para los demás.

Consultando el reloj de a bordo, Clak se dijo que Dora debía estar en lo más profundo de su sueño, sin imaginarse la agradable sorpresa que le esperaba, ya que él había comunicado, el día anterior, que no sabía aún cuándo estaría arreglado su camión.

Le gustaba dar sorpresas de aquel género, introducirse en la casa y mirar, contemplar mejor, el rostro hermoso de su esposa, mientras ésta dormía; después, acercándose lenta y cautelosamente, sin dejar, de mirar los rubios bucles de su bella cabellera, besarla en los labios, despaacio, sin despertarla del todo...

Sonrió.

Nada le herían ahora las palabras de Gina, sus pesimistas ideas sobre el futuro. Cuando el contrato se hubiese cumplido, nada ni nadie podría Impedirle que volviese a la Tierra. Porque, si algún loco intentaba retenerle, Robert Clak le demostraría en lo que puede convertirse un hombre cuando considera todo perdido.

Aunque mucho mejor era no pensar en todo aquello. A lo lejos,

como un halo azulado, aparecía ya el reflejo de Shardópolis y el joven se sintió como nuevo, lleno de coraje y dispuesto a no mencionar nada de sus preocupaciones a Dora, junto a la que deseaba pasar dos días repletos de felicidad.

Media hora después, tras haber reducido el formidable impulso de los reactores, Robert hacía entrar el camión en uno de los hangares de la Compañía. Las puertas se hablan abierto solas, pero el vigilante de turno estaba allí.

Clark bajó de la cabina.

—¡Hola, Harry!

—¡Hola, muchacho! ¿Qué tal? ¿Has hecho un buen viaje?

—Sí. Como siempre.

Harry Brenson sacó un sobre de plástico del bolsillo y tendiéndoselo al otro dijo:

—Aquí tienes tu prima, Robert.

—Gracias.

No abrió el sobre, porque sabía de memoria el dinero que contenía; pero frunció el entrecejo al pensar que ya había pagado a Luigi casi las dos terceras partes.

De no ser por el sueldo, que era bastante interesante, los viajes no valdrían la pena, ya que todo o casi todo lo que de extraordinario daban se quedaba en Center Site.

Por un momento, pensó en el día en que Luigi pidiese la prima entera y parte del salario. ¿Habría entonces alguien con suficientes agallas para parar los pies a aquel granuja?

Hizo un esfuerzo para serenarse.

—¿Quieres pedirme un taxi, Harry? —inquirió, volviéndose hacia el vigilante.

—En seguida, Robert. ¿Has avisado a Dora?

Clark sonrió.

—No, pienso darle una sorpresa.

—Se pondrá muy contenta, de seguro.

—No acostumbro avisarle el momento justo; prefiero aparecer en casa y sorprenderla. Aunque, en realidad, nunca llegué tan tarde como hoy.

—Eso era lo que iba a decirte. Normalmente llegas antes de que se haga de noche.

—Esta vez ha sido distinto, amigo. Tardaron más de lo que yo creía en arreglar la avería del camión. ¿Te lo imaginas? El dispositivo de calentamiento del eje anterior se había estropeado... ¡y aún tuve la suerte de que el eje se rompiera a quince millas de New Ville!

—Te podías haber matado, en plena ruta...

Robert sonrió tristemente.

—Si, tuve suerte... pero ¡dejemos eso! ¿Me avisas el taxi?

—Ahora mismo.

Unos minutos más tarde, el vehículo atravesaba la ciudad hacia la zona residencial que habitaba Clak. Edificios de dos plantas, todos del mismo estilo, pero dotados de comodidades sin límite y con una belleza interior de distribución que los hacía extremadamente simpáticos.

Después de abonar el importe de la carrera, Robert abrió la puerta, penetrando, en el mayor silencio, dentro del edificio. Un «hall» coquetón, cuyas tamizadas luces indirectas lo sumían en una semi-oscuridad acogedora, precedía a las demás habitaciones.

Clak Inspiró con fruición el olor de su hogar, contento de estar allí, de que todo aquello fuese suyo. Le había costado muchos esfuerzos salir de los apartamentos donde vivían los otros empleados de la Compañía. Pero había valido la pena.

Recordó, con gozo, la expresión de alegría que se había reflejado en el rostro de Dora el día que tomó posesión de aquel lugar. Ella estaba contenta, mucho, y aquello era lo que más le importaba.

La escalera que conducía al dormitorio, en el piso superior, estaba recubierta por una alfombra de colores vivos. Y Robert subió por allí, conteniendo la respiración, deseoso de que su esposa no se despertase hasta que él estuviese a su lado.

Todas las penalidades del viaje, de la avería, los peligros de la ruta y hasta la desagradable parada en Center Site había huido de su mente para dejar paso al torrente de sano gozo que le inundaba.

Desembocó en el rellano del primer piso, dándose cuenta de que la puerta del dormitorio, enfrente a la del baño, estaba entreabierta. Sabía que Dora era una muchacha valiente y que no tenía miedo alguno a quedarse sola.

Abrió la puerta, con infinitas precauciones.

Esperaba oír el rítmico sonido de la pausada respiración de su mujer, pero el silencio era completo. Avanzando quedamente, llegó hasta donde estaba el interruptor que iluminaba solamente la lámpara que había sobre la coqueta.

¡Clik!

La luz se hizo y Robert volvió el rostro hacia el lecho...

Se quedó parado, sin comprender, como si no diese crédito a lo que veían sus ojos.

La cama estaba intacta, demostrando que nadie se había acostado en ella aquella noche.

¿Entonces?

Sonrió, forzosamente, buscando una explicación fácil, sencilla, natural, que detuviese la angustia que le iba ganando solapadamente el ánimo.

«Lo más seguro —se dijo— es que haya salido a casa de algunos amigos. Tenemos muchos y debía de estar tremendamente aburrida, sentirse muy sola... »

Además, no le esperaba.

Nunca habla llegado a aquellas altas horas de la noche y nada tenía de extraño que hubiera ido a visitar a algún amigo común, que compadeciéndose de la soledad de la mujer, la hubiese invitado a cenar y a algún espectáculo, en compañía de su familia.

Sé quitó la chaqueta, procurando tranquilizarse.

Luego encendió un cigarrillo.

Era absurdo que dramatizase.

Porque, si algo malo hubiese ocurrido a Dora, lo hubieran comunicado inmediatamente a la Compañía y Harry se lo hubiese dicho.

Se dejó caer en uno de los sillones, Estaba cansado; pero, de repente, toda fatiga desapareció de su cuerpo. Estaba dispuesto a esperar el regreso de su esposa sentado allí.

Las tres horas que faltaban para el amanecer pasaron con una lentitud extraordinaria, pareciéndole que cada minuto era un siglo. Pero, finalmente, la luz sucia del alba penetró por entre las cortinas y Robert se desazonó, abatido por más que hacía por no estarlo.

Pensó que lo mejor era preparar el desayuno para los dos y darle la sorpresa a Dora a la que reñiría un poco, por haberle hecho pasar aquella noche larguísima, esperándola.

Bajó a la cocina y puso en marcha el tostador, oprimiendo los mandos para preparar al mismo tiempo el café.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Dio un salto, pues la llamada le sobresaltó, y fue corriendo a abrir, pensando que debía haber cerrado por dentro al entrar durante la noche. Una sonrisa iluminó su rostro serio mientras se acercaba a la puerta. Dentro de unos instantes tendría a Dora en los brazos y el resto le importaba muy poco.

Abrió la puerta y la sonrisa murió en sus labios al ver el oscuro uniforme de un agente de policía.

—Buenos días —saludó el otro.

—Buenos días —dijo Clak—. ¿Quiere usted pasar?

El agente penetró en el «hall», echando una ojeada a los muebles

modernos y a la decoración de las paredes; después, mirando al joven preguntó:

—¿Es usted Robert Clak?

—Sí. ¿Le ha ocurrido algo a mi esposa?

El otro torció el gesto.

—No lo sé. He venido para rogarle que se presente, inmediatamente, en el Centro Policial de la ciudad. ¿Le molestará acompañarme?

—¿No se trata de nada relacionado con mi mujer?

El otro tenía el aspecto de estar profundamente embarazado.

—No... lo sé, señor.

—Está bien. Vamos ahora mismo.

Pero el olor que llegaba de la cocina le hizo sonreír.

—¿Quiere una taza de café recién hecho?

—No me vendría mal.

La tomaron, de pie. Después abandonaron la casa. El coche policial estaba a la puerta y Clak tomó asiento al lado del agente.

No despegaron los labios durante el viaje y cuando el joven, guiado por el otro, penetró en el despacho del comisario jefe de sector, éste le miró con el entrecejo fruncido.

—Siéntese, señor Clak.

Robert obedeció.

Hubiese querido empezar a hacer mil preguntas, pero se dominó pensando que no iba a adelantar nada precipitándose.

—¿Ha pasado usted la noche en su casa?

—No. Llegué de Center Site a eso de las tres y media.

—Su esposa no estaba en su domicilio cuando usted llegó, ¿verdad?

—No, señor. ¿Le ha ocurrido algo?

—Todavía no podemos afirmar nada. Tenga la amabilidad de seguirme... y domínese, por favor.

Robert obedeció. Atravesaron un larguísimo pasillo. La puerta del fondo se abrió delante del comisario y juntos penetraron en una sala donde reinaba un frío intenso.

Había varias mesas, pero sólo una estaba ocupada.

Una sábana blanca cubría la forma imprecisa de un cuerpo.

Dominando un escalofrío, Robert siguió al comisario hasta la mesa y éste, de un tirón brusco, descubrió el cuerpo desnudo de una mujer.

—¡¡Dora!!

No se atrevía a acercarse y la miraba, con los ojos tremendamente dilatados, mientras su corazón parecía haber doblado el ritmo alocado de su marcha...

—¡No es posible!

La voz del comisario pareció llegar desde muy lejos:

—¿Reconoce usted a esta mujer?

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para decir:

—Sí... es mi mujer.

El comisario volvió a tender la sábana y cogiendo del brazo al joven dijo:

—Vamos. Tenemos que hablar.

Salió, mecánicamente, como un robot, incapaz de coordinar idea alguna, arrastrado por la mano del comisario y se dejó caer, obediente, en el sillón donde había estado sentado momentos antes.

Luego, sin poderlo evitar, las lágrimas cayeron de sus ojos, quemándole las mejillas. Como ácido.

El comisario dejó que se tranquilizase, esperando ahora las preguntas de aquel hombre que parecía deshecho, derrotado, vencido por completo.

Así ocurrió.

Poco a poco, la tranquilidad, una tranquilidad relativa, ocupó el corazón de Clak.

—¿Cómo ha ocurrido, comisario?

—La hemos encontrado, hace menos de una hora, en un barrio extremo... apuñalada por la espalda.

—¿Cómo es posible?

—No lo sabemos. Por eso le hemos llamado aquí. ¿Qué hacia su esposa, señor Clak?

—¿Qué quiere decir?

—Le pregunto sus costumbres cuando usted estaba de viaje.

Hubo un silencio; después comunicó:

—Dora era manicura... una buena manicura. No tenía necesidad de trabajar, ya que yo gano lo suficiente. Pero lo hacía.

—¿Por qué?

—Para no aburrirse. Ya comprenderá usted, señor comisario, que una mujer sola, sin nada que hacer...

—Lo comprendo. ¿No tenía usted enemigos?

—Ninguno.

—¿Sabe si alguien le hacía la corte a su esposa?

—Nadie.

Y enrojeció, apretando los puños.

—¿Solía salir por la noche?

—Muy poco. Y siempre en compañía de nuestros amigos... Iba, algunas veces, al cine o al teatro... nunca a las salas de fiesta.

—Se comprende. ¿Llevaba mucho dinero encima? Aunque —sonrió—, el móvil de su muerte no ha sido, en modo alguno, el robo.

Pulsó un botón y cuando un agente apareció en la puerta:

—Traiga los objetos de la señora Clak, Dane.

—En seguida, señor.

Poco después, Robert veía sobre la mesa toda la ropa y objetos de Dora; pero, después de una primera ojeada y mirando al comisario, preguntó, extrañado:

—¿Llevaba esto mi mujer?

—Sí, ¿por qué lo pregunta?

—Porque nada de esto le pertenece —y señaló el abrigo de armiño y las joyas que había sobre la mesa.

—¿Qué esto no es suyo?

—No. Yo no hubiese podido, aunque me habría gustado, regalarle cosas que cuestan una fortuna... a menos que este abrigo sea falso y las joyas también.

—No lo son.

El comisario echó una ojeada al abrigo, fijándose en la etiqueta que llevaba en la parte interior; después pidió comunicación y esperó que la pantalla del visófono se iluminase.

—¿Casa Webler?

Un encantador rostro femenino enmarcaba la pantalla.

—Sí, señor comisario.

El hombre acercó la prenda a la pantalla.

—Esta etiqueta es de ustedes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Recuerda la prenda?

—Haga el favor de mirar el número que hay en la parte posterior, junto al forro.

El comisario obedeció. —Es el 2387468.

—Un momento, por favor.

Tardó unos pocos segundos en reaparecer; luego dijo:

—Este abrigo fue vendido, hace dos semanas, a la señora Dora Clak.

—¿Lo pagó?

—En el acto.

—¿Qué vale un abrigo de éstos?

—Once mil dólares, señor.

—Gracias.

El comisario miró a Robert que, silencioso, intentaba comprender algo. Viéndole tan abatido, el policía esbozó una sonrisa,

—No se preocupe. Haremos una profunda investigación sobre todo esto y atraparemos a los culpables. ¿Cuándo quiere enterrarla?

—Cuanto antes. Muchas gracias por todo. ¿Puedo llevarme esto?

—Sí. Si lo necesitamos ya se lo pediremos.

CAPÍTULO III



E concedieron un permiso de diez días y Robert lo aprovechó para vender todo lo que contenía la casa, trasladándose a los apartamentos de la Compañía. Guardó, eso sí, las joyas y el abrigo y el traje que llevaba Dora el día de su muerte.

Luego se dijo si merecía la pena quedarse más tiempo en Marte.

Pero el trabajo, el ansia de estar ocupado, lo llamó nuevamente, con una fuerza tremenda. Y después de pasar, por enésima vez, por la Policía, para recibir siempre la misma respuesta, decidió volver a su camión.

«Todavía no hemos encontrado nada... » —le había dicho el comisario.

Ya lo había supuesto.

Hizo el viaje directo, con el «Tiger» vacío, apretando el acelerador a fondo, sin detenerse en Center Site y yendo, sin parar, a cargar de uranio en New Ville.

La ciudad minera no había cambiado y los desdichados que habían firmado un contrato con la Compañía proseguían, dentro de sus trajes aislantes, luchando contra el aburrimiento en lo hondo de las minas.

Robert no tenía ganas de nada.

Vagó de un lado para otro, sin interesarse en nada, pensando siempre en todo lo relacionado con Dora y preguntándose de dónde podía haber sacado el dinero suficiente para pagar aquel abrigo, aquel traje y aquellas joyas.

Estaba seguro de que la muchacha no le había engañado; pero, si no era así, se preguntaba angustiado, ¿de dónde habían salido los dólares?

Era para volverse loco.

Cuando cargó y empezó a recorrer las seiscientas millas que le separaban de Center Site, tentado estuvo de no detenerse en el local de Luigi. Estaba tan asqueado de todo que se encontraba dispuesto a

demostrar a aquellos granujas que no les temía en absoluto; pero, después de pensarlo, se encogió de hombros, diciéndose que le era igual pararse o no y que necesitaba evitarse disgustos hasta que la policía le dijese por qué y quién había matado a Dora.

Al entrar en el salón, la misma escena de siempre le hizo sentir asco de todo aquello: Luigi y sus hombres jugaban a las cartas, no lejos de un aparato de televisión que transmitía una película a quien nadie hacía caso.

El italiano se volvió hacia él y la misma sonrisa repugnante apareció en sus labios. Abandonando las cartas, fue a su encuentro.

—¡Qué gran alegría! ¡Pero si es mi amigo Robert, en persona! Creí que te había ocurrido algo, muchacho. ¿De verdad que no te ha pasado nada desagradable?

Y ante el gesto de negación que hizo el joven dijo:

—Ya sabes que tienes aquí unos buenos amigos, dispuestos a ayudarte en lo que necesites.

—Gracias, Luigi.

—¿Quieres cenar?

—Sí.

—Voy a llamar a Gina.

Se sentó en la mesa de costumbre, pareciéndole que había pasado un siglo desde la noche que se detuvo allí, aquella noche en que iba, lleno de ilusión, a sorprender a Dora.

¡Buena sorpresa le esperaba a él!

Gina apareció.

—¡Por Dios, si es Robert!

—¡Hola, Gina!

—¿Has estado enfermo?

—No. Ya te contaré. ¿Me das un poco de cena? Hoy tengo verdadero apetito.

—¿Por qué no vienes a la cocina? Te daré algo de beber mientras te preparo lo que te gusta.

—Como quieras.

La cocina era amplia, modernísima y llena de mandos complicados. Gina le sirvió un «whisky» y después encendió los aparatos para terminar sentándose a su lado.

—Cuéntame, Robert.

Él frunció el entrecejo.

—¿Contarte? ¿El qué?

—Tu rostro dice mucho más de lo que quieren decir tus labios. ¿Qué ha ocurrido?

Clak se dio cuenta de que necesitaba ardientemente alguien a quien contarle todo, desahogándose, en cierto modo, de aquella horrible carga afectiva que llevaba, solo, sobre sus espaldas.

—Dora ha muerto —dijo, con voz quebrada—. Asesinada.

Y relató a la joven todo lo que había ocurrido, sin omitir detallé alguno.

Gina le escuchó en silencio. Su rostro se habla ensombrecido y cuando el joven terminó de hablar, comentó:

—Había oído algo, Robert. Antes de que tú esposa muriese.

—¿Eh?

—Sí. Aquella noche, cuando pasaste por aquí tan tarde, yo hubiera querido decirte lo que había oído.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque nunca pensé que las cosas iban a tomar un camino tan horrible. Y porque, además —y bajó la mirada—, no quería que sufrieses.

—¿Qué es lo que sabes?

Ella permaneció en silencio, con la mirada perdida en algún punto invisible para Robert.

Después de una larga pausa preguntó:

—¿Conoces a Harold Simon?

—No he oído jamás ese nombre.

—Se trata de un tipo peligroso, dueño de varios locales en la ciudad y cuyas actividades no muy claras... Tu mujer trabajaba con él.

—¿Eh?

Fue como si un nudo se aferrase a su garganta, impidiéndole respirar, dejando sólo aquella especie de voz ronca que salía de su boca.

—¿Qué has querido decir...? —rugió.

Gina se percató de que no había esperado lo suficiente para poner en claro ciertas cosas. Y se ruborizó, bajando los ojos.

—Es la verdad, Robert.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? ¿Por qué me ocultaste eso? ¿Cómo sabes que Dora estaba en relaciones con ese... Simon?

—Ya te dije que lo había oído. Tu esposa estaba en contacto con Harold y su banda; sólo sé eso.

—¿A quién se lo oíste?

—No puedo decírtelo, Robert; al menos por ahora... ¿No te das cuenta de que con tu estado de ánimo podrías cometer una barbaridad?

Clak se mordió los labios.

—Me estoy serenando. Dime algo más.

—Ya te lo he dicho todo; tu mujer trabajaba para Simon, aún no sé cómo. Pero trabajaba para él.

—¿En qué?

—No lo sé. También oí, ahora que me acuerdo, que tu esposa tenía algo muy importante, algo que interesaba a quien la mató.

—¿Quién la mató?

Ella sonrió tristemente.

—No lo sé, Robert; pero, aunque lo supiese, no te lo diría. Ahora no, amigo mío. Te aprecio demasiado para lanzarte de cabeza hacia la muerte. Además, no lo sé.

—No tardará en decírmelo la policía.

—¿Cómo? ¿Crees que te lo dirán? ¿En qué mundo crees vivir, Robert? La policía no hará nada; es decir, apostaría cualquier cosa a que no ha hecho nada para saber la verdad del crimen. ¿Cómo puedes ser tan inocente?

Hubo una larga pausa; luego, cuando Robert terminó de beber el segundo vaso de «whisky» que Gina le sirvió, dijo:

—Escucha, Gina... Tengo una idea.

—Veamos.

—Voy a escribir a la SIP. ¿Qué te parece?

Ella sonrió tristemente.

—Una buena idea; pero, desdichadamente, la carta no llegará jamás.

—¿Por qué?

—Porque la policía tiene establecida una censura rigurosa. No conviene, a ciertos tipos y sobre todo a Sipson, que algunas cosas se sepan en la Tierra.

—¿Entonces?

Ella puso su mano sobre la del joven.

—Escribe esa carta y tráemela. Yo me encargaré de que llegue a su destinatario.

—Está bien.

Cenó y después pagó la prima, como de costumbre, a Luigi. Cuando subió a la cabina del camión, recordó la expresión de Gina y todo lo que ella le había dicho.

Estaba seguro de que la italiana sabía mucho más.

Por algo, aquella noche, cuando iba hacia la ciudad, lleno de deseo de estar con Dora, ella habla empleado, al hablar de su mujer, un tono raro, que ahora volvía a su mente, llenándole de dudas e ideas confusas.

El hombre encendió nerviosamente otro cigarrillo. En el cenicero, con una reproducción de la primera astronave que había llegado a Marte, las colillas amontonaban, con la nieve de la ceniza entre ellas.

La mujer estaba al fondo de la estancia, echada en un sofá, con los ojos entornados y un rictus canallesco en los pintarrajeados labios.

Unas gotas de sudor empezaban a abrirse camino entre los cabellos rubios del hombre. Su frente, blanca, con la marca del reborde del sombrero, estaba más pálida que de costumbre.

No se atrevía a mirar hacia la mujer y hubiese querido estar a mil leguas de allí, volviendo, como le habían ordenado, después de matar a la muchacha, al sitio donde le esperaban.

Sobre la mesa, dos rollos minúsculos, dos rollos de metal, en forma de caja, eran los culpables de todo.

El hombre los miró con el rostro angustiado.

Como si la mujer, que seguía echada indolentemente, hubiese adivinado el curso de sus ideas, dijo desde el rincón con voz áspera:

—¿Todavía dudas, Frank?

Él se pasó la lengua por los resecos labios.

—No es tan fácil como parece, Hilda. Estas dos cajas son como si estuviesen repletas de plástico dispuesto a explotar de un momento a otro

—No dramáticas, amigo mío. Lo que esas cajas significan es mucho, muchísimo dinero.

—¡Eso es lo que tú crees! ¡Cómo se ve que no conoces a Lukas!

—¡Bah! Todos le tenéis un miedo exagerado... Después de todo, ese asqueroso polaco es un hombre como los demás.

Se volvió hacia ella.

El sudor perlaba ya totalmente su frente y empezaba a acumularse en lo alto de sus casi inexistentes cejas.

—¡Como los demás! ¡Qué idioteces estás diciendo, muchacha! Lukas es un tipo que se entretendría, por medio dólar, en abrirte la barriga para ver si tienes las tripas en orden.

Hubo una pausa.

La mujer, más hábil, dejó que pasase la penosa impresión que el nombre del polaco parecía haber despertado en Frank; luego, al cabo de un rato y con voz melosa, animó:

—Fijate bien, cariño, que podrían hasta darnos doscientos mil «pavos». ¿Te das cuenta?

—Estás loca: Harold no daría ni un centavo por esto.

¿Harold? ¿Y quién te habla de ese sapo infecto? ¿Qué ha hecho por ti desde que trabajas para él? Todos los asuntos malos has tenido que hacerlos tú... Mientras, su querido amiguito Lukas, se limita a establecer el orden, a jugar al guardaespaldas. ¿Quién ha dado la cara? Tú y los otros desgraciados, los pobres de espíritu, los tipos que no servís para nada más.

—¡Alto ahí! Dame una oportunidad, Lukas las ha tenido a montones, y te demostraré si sirvo o no

—¡Ajajá! ¡Ya la tienes esa ansiada oportunidad! La tienes ahí, encima de la mesa... dos cajitas que pueden convertirse en una fortuna.

—No seas pesada. Harold no daría nada.

—¿Y Donatello?

—¿Ese «macarroni»?

—Sí, ese «macarroni», como tú dices; pero que ha tenido suficientes agallas para trabajar sin tener que llenar los bolsillos de la «poli». ¡No como tu querido Harold, que ha convertido en millonario al inspector jefe y en una especie de emperador al comisario Sipson!

—No hables tan alto.

—No temas. Te siguen esperando y saben que irás, como un corderito, a entregarles las cajas que encontraste en el bolso de esa muchacha. ¿No es eso lo que harás, cobarde? —Y como él no dijese nada, tras una pausa continuó—: Aunque tendrás que explicarles por qué has tardado tanto en ir... Hace seis horas que se deben de estar preguntando dónde te has metido.

El hombre se secó el sudor.

Pena inútil, parecía como si cada uno de sus poros se hubiera convertido en un manantial.

Su mirada se cargó de rencor, al fijarla sobre la mujer.

—¡Todo esto ha sido por hacerte caso a ti! Por creer en tus palabras...

—¡No digas idioteces! No sólo ha sido mi voz, sino la propia tuya, la de tu conciencia, cansada de servir como un esclavo. ¡Ahora podemos ser libres, tener dinero, regresar a la tierra!

—Stonosky me matara.

—No lo creas. Podemos ocultarnos... Luigi tiene la obligación de hacerlo, si le entregamos las cajas. Ellos se entenderán. ¿No te das cuenta?

Se había incorporado, acercándose lentamente a él.

Era una mujer alta, esbelta, pero ya no joven. Los estragos de una vida licenciosa, a pesar de los afeites que cubrían su rostro, eran una mácula imborrable.

—Podemos escaparnos... huir de Simon y de su asqueroso polaco.
¡No temas nada, Frank!

Fue en aquel momento cuando el ruido producido por los frenos de un coche llegó hasta ellos.

Frank se puso en pie, pálido como el papel. Las manos le temblaban como si se hubiesen convertido en azogue.

—¡Ellos!

La mujer, pálida pero con más presencia de espíritu, se acercó a la ventana, retirando cuidadosamente los visillos.

Se volvió hacia él.

—Es el polaco.

Daba lástima ver a aquel hombre, cuyos temblores tenían algo de cómico.

—¡Lukas! ¡Estoy perdido!

—Todavía no. Voy a coger las cajas y saldré por la ventana del patio. Dame un poco de tiempo... y diles que has enviado a tu mujer porque te encontrabas mal

Él asentía, incapaz de enlazar la menor idea.

La mujer cogió las cajas, metiéndolas en un bolso y dirigiéndose después hacia la habitación del fondo. En aquel momento, unos pasos recios se dejaron oír en la escalera y poco después, al tiempo que los pasos cesaban, alguien pulsó el timbre, con fuerza, insistentemente.

Venciendo el temblor que lo sacudía y serenándose un poco, Frank fue a abrir. Al hacerlo, la formidable silueta del polaco ocupó todo el dintel.

Nunca le había parecido a Frank que Lukas era tan enorme.

—¡Ho... la, Lukas!

—Hola.

Cerró la puerta tras sí, empujando al otro al «living».

—¿Y las cajas? —inquirió, yendo directamente al grano.

—Jus... tamente iba a decírtelo... He enviado a Hilda con ellas... debe haber llegado ya.

—¿Por qué has encargado a esa mujer del trabajo? Debías ser tú quien llevase las cajas.

—Me encontraba enfermo.

—Sí, tienes mala cara... pero no de enfermo.

—Te aseguro que no me siento nada bien.

Lukas sonrió.

Se había dejado caer en uno de los sillones y cogiendo el paquete de cigarrillos del otro, encendió uno.

—¡Caramba! «Intersiderales» con filtro largo... ¡Te cuidas, Frank!

—Puedes guardarte el paquete, si te gustan. Fue un regalo de Hilda.

—Suerte la tuya de tener una amiga tan complaciente. ¿Cuándo dices que la mandaste?

—Hace un rato. Cuando vi que no podía salir.

Stonosky se había guardado el paquete.

—¿De verdad que estás malo?

—De veras, amigo.

—Pues lo lamento por ti. Tendrás que venir conmigo.

—¿Para qué?

—Tienes razón... ¿para qué? Voy a llamar al jefe para ver si tu amiguita ha llegado.

—¡Imposible! Salló cuando tú entrabas.

—¿De veras? ¡Es raro! No la vi, ni cuando me acercaba a tu casa. Eso que no hay salida, en tu calle, más que por un sitio... ¡Me estás mintiendo, Trupper!

—Yo...

—Sí. Y sabes cómo soy; ya me conoces. Te voy a dar una oportunidad, amigo... —echó una mirada a su reloj de oro— eso es, un minuto, ni un segundo más. O me dices la verdad, o vas a pasarlo muy mal...

—¡Te he dicho la verdad!

—Ya han pasado diez segundos.

—Pero...

—Veinte segundos.

El sudor de Frank era tan copioso que el reborde de la camisa estaba ya empapado.

—Te quedan diez segundos.

No dijo nada: el terror le tenía atado, como amordazado también.

—Te terminó el plazo, amigo.

El primer golpe llegó al maxilar inferior de Frank antes de que éste hubiese podido hacer nada por evitarlo. Rápido como un tigre, Lukas Stonosky lo ató al sillón.

—Ahora vamos a hablar, Frank... como dos buenos amigos...

Y le aplastó el cigarrillo en la oreja, sin hacer caso del grito que lanzó Trupper: una especie de ronco rugido que se apagó en su garganta, como si gargarizara,

No hizo falta que el polaco repitiese la tortura.

Pálido como la misma muerte, Frank se cubrió el oído quemado

con, una mano. Y con voz lloriquearte dijo:

—¡Hablaré, Lukas! ¡Pero no me hagas daño!

—¡Empieza!

El otro tragó saliva con visible dificultad; luego, sin atreverse a levantar los ojos empezó:

—Fue idea de ella, de Hilda... ¿sabes? Se llevó los rollos para venderlos.

—¡Eres un cerdo inmundo! —rugió Stonosky.

Y golpeó, con el puño derecho, al otro, que se desplomó, cayendo de espaldas y arrastrando la silla con él. Su cabeza chocó violentamente con la pata de un mueble, una especie de vitrina donde guardaban chucherías traídas de la Tierra.

—¿Dónde ha ido? —inquirió Lukas, inclinándose sobre el cuerpo inmóvil de Frank.

Pero casi en seguida se percató de que Trupper no diría nunca nada más. Porque, sencillamente, estaba muerto.

El polaco cerró los puños, furioso por la equivocación que había cometido al golpear demasiado fuerte a aquel pelele. Todavía le dio de patadas, rabiosamente, antes de abandonar la casa, preguntándose dónde podría haber ido Hilda con las dos preciosas cajitas que contener algo tan peligroso como el explosivo más potente.

CAPÍTULO IV



OBERT puso en marcha el «Tiger», sacándolo de su hangar. Luego asomó la cabeza por la ventanilla, saludando a Brenson:

—¡Hasta la vuelta. Harry!

—¡Adiós, Robert!

Clak hizo que el vehículo acelerase y cerró la ventanilla. Empezaba a declinar el día y quería llegar a New Ville pronto, aunque tenía la intención de detenerse un poco en Center Site.

Quería hablar con Gina.

Durante aquellos días que había pasado en la ciudad, había meditado mucho y hecho algunas investigaciones que, por desgracia, no le habían conducido a sitio alguno. Se enteró, eso sí, de que Harold Simon era un hombre muy importante, dueño del mejor almacén de antigüedades de la ciudad; pero, por mucho que intentó esclarecer su personalidad, no logró nada, ya que todo el mundo le tenía por una persona honrada.

Estuvo tentado de ir a verle para que le dijese qué clase de trabajo hacía Dora para él. Su mujer no le había hablado nunca de ello y eso era lo que coartaba más su impulso, ya que no deseaba hacer el, ridículo como marido al que se le ha engañado de una forma estúpida.

Pensó que lo mejor era hablar antes con Gina para lograr una información más precisa; luego, cuando supiese algo más, iría a entrevistarse con el anticuario para aclarar lo demás.

Había ido nuevamente a la policía, pero le dijeron que las investigaciones seguían su curso sin que nada importante se hubiese producido. Notó que el comisario hizo lo posible por desembarazarse de su presencia lo antes posible y comprendió que la joven italiana tenía razón.

La policía de Shardópolis no haría nunca nada.

No obstante, no abandonaba la idea de encontrar al asesino de Dora y castigarle por su propia mano, si la policía se negaba a hacerlo. Poco le importaba lo que de ello resultase. Porque estaba convencido

de que, a pesar de las apariencias, Dora debía de haber caído en una trampa y había muerto por la culpa de otros.

Le dolía extraordinariamente el que Dora no hubiese tenido con él la suficiente confianza como para contarle sus problemas. En realidad, se decía con amargura, su mujer había sido en muchos aspectos como una extraña para él.

Y lo más curioso de todo era que, por encima de las apariencias agravantes, seguía creyendo en ella, teniendo fe en ella. Era algo mucho más fuerte que ninguna otra clase de sentimientos.

Atravesó los barrios extremos de la ciudad, camino de la pista que salía al desierto. La mole enorme del camión de cien toneladas, ahora vacío, se movía obediente a sus hábiles manos.

La iluminación disminuyó a medida que salía de la ciudad y poco después se vio obligado a encender el primer par de faros del «Tiger». Fue entonces, al girar alrededor de un gran edificio para salir al desierto, cuando vio la silueta de la mujer que le hacía gestos con la mano.

Frenó.

La mujer estaba en el límite de la ciudad, junto a la puerta automática que se abría sola por medio de un impulso electrónico. Al otro lado de aquella masa de plástico, el desierto empezaba con su temperatura brutal.

Abriendo la ventanilla, Robert se asomó y ella corrió hasta colocarse junto al camión.

Preguntó:

—¿Podría llevarme, señor? Pagaría lo que me pidiese.

—¿Dónde va usted?

—A Center Site.

Robert frunció el entrecejo.

Era la primera vez, desde que trabajaba para la Compañía de Uranio, que alguien le hacía objeto de «auto-stop». En realidad, nadie salía de la ciudad, a no ser que poseyese un vehículo propio.

—No nos está permitido llevar a nadie —dijo.

—Ya lo pensaba —dijo ella. Y con voz suplicante pidió—: ¡Lléveme usted, señor! Es un asunto de la mayor importancia y ningún taxi me llevarla a estas horas.

Aquello era verdad. A partir del anochecer, los vehículos públicos no abandonaban la ciudad a ningún precio, ya que no estaban preparados para defenderse del frío glacial que caía sobre el desierto con el día.

Dudó unos instantes.

En realidad, no llevando carga de uranio, no había prohibición alguna de llevar un pasajero. Lo importante era llegar a la mina solo, ya que los vigilantes hubiesen dado parte de una contravención a las severas órdenes de la Compañía; pero, incluso si se sabía, el castigo sería muchísimo menor que si subiese a alguien cuando el camión iba cargado de mineral.

—¡Suba! —se decidió de repente.

Abrió la portezuela y ella se encaramó ágilmente por la escalerilla, sentándose a su lado.

—¡Es usted muy amable! —le dijo, con una sonrisa de agradecimiento.

Era una mujer que había dejado la juventud bastante atrás, pero que ofrecía aún un aspecto agradable.

Clak puso el camión en marcha.

—Ya es raro que alguien salga de la ciudad a estas horas —dijo, mientras atravesaban la puerta de plástico aislante.

—Tengo un hermano en Center Site y me ha avisado que estaba bastante enfermo. ¿Comprende usted mi desesperación?

El sonrió.

—No se preocupe; llegaremos en seguida.

Había notado que la mujer estaba muy nerviosa y que apretaba con fuerza el bolso que llevaba fuertemente cogido con las manos. Por un momento, el joven temió haber dado crédito a una historia contada por una delincuente, pero se fue tranquilizando, preocupándose sólo de hacer que el «Tiger» consiguiese una buena velocidad.

Después conectó el piloto automático.

—Debe de ser tremendo el conducir un monstruo como éste —dijo ella.

—¡Bah! Todo es la costumbre. En realidad, y aunque no lo parezca, el «Tiger» es más obediente que un vehículo pequeño.

—¿Viaja siempre solo?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque yo tendría un miedo espantoso si lo hiciese.

Y señaló, a través de la ventanilla, la oscuridad espesa del desierto. Sólo de vez en cuando, cada decámetro, se veía, a la luz de los faros, el hito fosforescente, uno de cada lado de la pista, que la señalaba y delimitaba.

—No hay motivo para tener miedo alguno —repuso él con una sonrisa—. No hay nadie en el desierto. Ya sabe usted que este planeta está completamente deshabitado.

—Si pero de todos modos yo lo tendría. Siempre me ha dado

miedo la oscuridad.

Robert sacó una pitillera y le ofreció un cigarrillo. Momentos después, cuando ambos lo hubieron encendido

—Conozco a todos los de Center Site —dijo él—. ¿Quién es su pariente?

—El viejo Giuseppe.

—¡Ah! No sabía que estuviese enfermo.

—Eso es lo que me han comunicado; aunque —sonrió escéptica— es muy capaz de haberse puesto bueno antes de que lleguemos. Compréndalo: es ya muy viejo y está cargado de manías.

—¿Qué es usted de él?

—Hermana.

—Comprendo. La que estará contenta de verla será su sobrina Gina.

—Seguramente.

Las respuestas de la mujer no eran muy convincentes y Robert decidió no decir nada más. Volviéndose, abrió el pequeño bar empotrado en el muro de plomo que separaba la cabina del resto del camión y sirvió dos «whiskys».

—Esto calmará sus nervios —dijo intencionadamente.

—Se lo agradezco mucho —repuso ella.

Durante el resto del viaje, apenas hablaron y Robert volvió a pensar en Dora, en su trágica muerte y en el misterio que la envolvía. Tenía muchas ganas de hablar con Gina, aunque no fuese más que unos minutos, ya que la visita de su tía iba a impedir que charlasen todo lo que él hubiese deseado.

Seguía pensando en la manera de avisar a la SIP y había llegado a la conclusión de que la joven italiana tenía toda la razón al decir que la policía oficial interceptaría cualquier mensaje dirigido a Washington, a la sede de la Policía Espacial.

Y necesitaba que aquellos hombres, que dirigía Donald Callowan, interviniese en el asunto, ya con ellos no había riesgo alguno de corrupción, como ocurría con los hombres que mandaba el comisario general Edward Sipson.

Al acercarse a Center Site, desconectó el piloto automático, cogiendo el volante. Después fue pulsando los botones que iban apagando los reactores, dejando que la inercia de movimientos terminase por empujar el coloso hacia la plataforma de Center Site, delante de las edificaciones que estaban profusamente iluminadas.

Frenó.

—Ya estamos, señorita.

—Muy agradecida. ¿Usted baja también?

—Sí, pero sólo unos instantes. Tomaré algo y continuaré el viaje. Todavía me quedan seiscientas millas.

Tuvo que dejarle una capa con termorregulador para que atravesase la distancia que separaba el camión de la primera casa. El frío era horrible y ella agradeció la amabilidad del muchacho.

Una vez dentro, le devolvió la prenda y sonriéndole preguntó.

—¿Qué le debo, señor...?

—Me llamo Clak, Robert Clak. Y no me debe absolutamente nada.

—¡Muchísimas gracias!

Y se dirigió hacia la puerta del fondo.

Robert vio que no había nadie en el salón y que los hombres de Luigi no jugaban, con él, como de costumbre. Se dejó caer en uno de los sillones, esperando que Gina llegase.

La joven apareció momentos después.

—¡Hola, Robert!

—Hola, Gina. ¿Has visto a tu tía?

Hubo un brillo extraño en los ojos de la muchacha; después dijo;

—Sí, está ya con papá.

—¿Sigue enfermo?

—¡Oh, no! Está mejor.

Hubo un silencio pesado, Que la muchacha rompió.

—¿Quieres tomar algo?

—Nada. Venía a charlar un poco contigo, pero, cuando he visto que tenías visita, me he dicho que no habría nada que hacer.

—¿Por qué no? Puedes hablar lo que quieras.

—Tengo un poco de prisa. Sólo quería decirte que la policía no ha hecho nada, tal y cómo tú pensabas.

—No es extraño.

—Me dijiste que te arreglarías para avisar a la SIP.

—Ya lo he hecho, pero no te hagas muchas ilusiones, Robert. Mis cartas, como todas las que salen para la Tierra, son censuradas y hay solamente una pequeña, pequeñísima, probabilidad de que lleguen a su destino. De todas formas, la mía tiene más probabilidades que la tuya.

Robert cerró los puños.

—Yo voy a hacer mis investigaciones particulares en cuanto tenga unos días de descanso.

—¿Crees que lograrás algo?

—No lo sé, pero lo intentaré.

Y después de una pausa, con vehemencia exclamó:

—¡No puedo olvidarla, Gina! Y por mucho que quiero acumular culpas sobre ella, no consigo más que enfurecerme conmigo mismo: no puedo concebir que haya hecho nada reproable.

—Le querías mucho, ¿eh?

—Sí, mucho

Gina parpadeó.

Le hubiese gustado poderle gritar todo lo que se alegraba de que Dora hubiese muerto. Y no había en aquel gozo ninguna idea mala. Pero Gina estaba convencida de que aquel muchacho había sido un pelele en las manos de una mujer perversa y de ahí su alegría de que ella hubiese dejado de ejercer una nefasta influencia sobre él.

Además...

Pero aquello pertenecía a ella, por el momento, y era Como el más dulce secreto de su vida. Sabía que había de esperar aún mucho tiempo para dejar que él percatase de cómo le amaba, de cómo le había amado desde el día en que lo conoció.

Robert terminó el cigarrillo que había encendido.

—Debo irme, Gina. No quiero llegar a la mina demasiado tarde. Es casi seguro que tenga que volver mañana y deseo descansar un poco.

—Como quieras.

Momentos después, el «Tiger» se ponía en movimiento. Lanzándose por el borde del Canal y aumentando su velocidad hasta que se convirtió en una especie de colosal bólido que perforaba la negrura impalpable de la noche marciana.

Mientras recordaba la conversación que había tenido con la muchacha, Robert volvió a ver la expresión que había aparecido en el rostro de Gina al hablarle de su pariente.

Estaba seguro de que la italiana le había mentido.

¿Es que todas las mujeres eran igualmente embusteras? ¿O tenía él el aspecto de un estúpido para que todas se permitiesen engañarle?

Estaba furioso.

Porque en el fondo, a pesar de que no se atrevía aún ni a analizar aquellos sentimientos, había algo que insensiblemente, le hacía ir hacia Gina, por la que sentía algo más que una simple amistad.

Todavía ocupaba el recuerdo de Dora un espacio demasiado grande en su corazón para que él, sinceramente, pudiese confesarse que amaba a la italiana; pero, de todos modos, sintió siempre hacia ella una atracción positiva, un deseo de protegerla del horrible ambiente en el que la cobardía y desidia de su padre le obligaba a estar.

Ella debía de haberse dado cuenta —las mujeres Intuyen mucho mejor que los hombres— de la atracción que ejercía sobre él. Y sabiendo que Robert estaba dispuesto a defenderla... ¡le había mentido deliberadamente!

Se torturó la cabeza pensando en la posición que realmente ocuparía Gina entre aquellos granujas. ¿Era tan inocente como él la creía?

Verdad es que no sorprendió nunca ninguna libertad hacia ella de ninguno de los hombres de la banda del italiano, ni siquiera del jefe; pero... ¿no harían ver algo distinto a la verdad cuando él llegaba a Center Site?

Sintió asco por todo, viéndose completamente solo, sin nadie en quien confiar, atado de pies y manos y frente a un obstáculo infranqueable.

¿Qué podía hacer él para encontrar a los culpables de la muerte de Dora y darles su merecido?

¿La SIP?

Sonrió con tristeza.

¿Cómo podía creer que Gina hubiese hecho algo si ella le mentía con aquella crudeza, burlándose de su buena fe?

No, no podía fiarse de nadie.

Pero, aunque le costase todos los disgustos inimaginables, e incluso la vida, estaba dispuesto a esclarecer la verdad sobre Dora a la que, por encima de todo, seguía amando.

CAPÍTULO V



N la cocina.. Hilda Swutz terminó de beber la taza de café y encendió un cigarrillo.

Luego, miró a Gina que estaba de pie junto a la puerta.

—¿Tardarán mucho?

—No lo creo.

—Es una lástima que no haya sabido que habían ido a la ciudad.

Gina se mordió los labios.

—¿Por qué ha dicho usted a ese chófer que era mi tía?

Hilda esbozó una sonrisa.

—Era necesario, pequeña.

—¿Necesario mentirle?

—Sí. Tenía que satisfacer su curiosidad, ya que me preguntó el motivo de mi viaje a Center Site.

—No sé cómo la trajo en el camión: lo tienen severamente prohibido.

La sonrisa se acentuó en los labios de Hilda cínicamente.

—Es un chico muy guapo y muy simpático... un guapo mozo. Y una tiene aún sus atractivos, ¿no es cierto?

Gina sintió asco y odio hacia aquella mujeruca; pero, después de unos segundos de reflexión, llegó a la conclusión de que Hilda no merecía más que conmiseración.

El ruido de un vehículo llegó hasta ellas.

—Ya están ahí —dijo Gina.

En efecto, momentos después se oyeron pasos recios y Luigi y sus hombres penetraron en el salón, quitándose sus blusones térmicos.

—¡¡Gina!!

La muchacha corrió, obediente y sumisa.

—Tenemos sed y hambre. Prepáranos algo

—Tienes una visita, Luigi.

El italiano frunció el entrecejo.

—¿Una visita?

—Sí, una mujer.

—¿Dónde está?

—En la cocina.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace un rato. La trajo Robert.

—¿Robert?

—Sí, pero no la conoce. Ella le contó una mentira. Le dijo que era hermana de mi padre y que éste estaba enfermo.

—Bien —Luigi miró a los otros—. Id a comer a la cocina y tú, Gina, trae algo de beber para dos y di a esa mujer que venga.

Gina y los otros salieron del salón. Poco después volvió la muchacha, con una bandeja, una botella y dos vasos. Hilda la seguía.

Luigi miró fijamente a la recién llegada, haciéndole un gesto para que se sentase en una mesa apartada. Una vez que la italiana les hubo servido dijo:

—Puedes irte, Gina.

—Bien.

Luigi esperó a que la muchacha hubiese desaparecido; luego, tras probar un sorbo de «whisky», inquirió:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Hilda Swatz y vengo a proponerle un negocio.

—¿Qué negocio?

—Mi... marido, Frank Trupper, trabaja para Simon.

—¿Y bien?

—Hace unos días, Simon le encargó de un trabajo. Tenía que quitar de en medio a una muchacha demasiado lista... una tal Dora.

Luigi lanzó una carcajada y la mujer enarcó las falsas cejas.

—No comprendo esa risa.

—En seguida lo entenderá... ¡Es para morirse de risa! ¿No la ha traído Robert en su camión?

—Sí.

—Pues agárrese: ese muchacho era el marido de Dora.

Hilda palideció.

—¡No es posible!

—Lo es, amiga mía. Ahora se explicará mi risa.

También sonrió ella, después del primer momento de sorpresa.

—Sí, hay cosas muy curiosas en la vida. Pero dejemos eso. Yo he venido porque Frank se apoderó de algo muy importante para Simon.

—¿De qué se trata?

—Verá... esa muchacha, la mujer del chófer, era una mala pécora: ganaba lo que quería con Simon, pero debía de tener muchas ambiciones. Y logró hacer unas películas de los golpes de la banda. Unas películas sonoras que constituyen una prueba que puede enviar a la cámara electrónica a Simon y a toda su banda.

—Muy interesante.

—Alguien oyó decir a la muchacha que tenía las películas... y se lo comunicó a Simon. Éste encargó a Frank que liquidase a la muchacha y se apoderase al mismo tiempo de los dos rollos de película que ella tenía.

—¿Lo logró?

—Sí.

Luigi miró intensamente a la mujer.

—¿Dónde están ahora esos dos rollos?

—Los tengo yo.

—¡Ah! Ya comprendo.

Y después de una pausa dijo:

—Pero lo que no entiendo es otra cosa: ¿qué le ocurrirá a Frank cuando Simon se entere de que le ha engañado?

Hilda sonrió cínicamente.

—No debemos preocuparnos por el pobre Frank... ya debe de haberle ocurrido lo que tenía que pasarle. Cuando salí de casa, por la puerta de servicio, Lukas Stonosky, el polaco matón al servicio de Simon, estaba llamando a la puerta.

—¿Stnosky? He oído hablar de él. Parece ser que no es un tipo con el que puede tenerse una conversación agradable.

Muy a pesar de ella. Hilda se estremeció.

—¡Es una verdadera bestia! Se complace haciendo daño a los demás.

Sin parecer escucharla. Luigi encendió un nuevo cigarrillo.

— ¿Así que tú tienes los rollos? —sonrió Luigi—. Creo que no te importará que nos tuteemos, ¿verdad?

—No tiene importancia.

—Muy bien. Veamos ahora cuáles son tus proposiciones: te escucho.

Los ojos de ella se animaron con una luz ambiciosa.

—Quiero el cincuenta por ciento de lo que Simon pague por los rollos. El resto; es decir, la otra mitad, es para ti

—Comprendo, pero tienes que darte cuenta de que he de ser yo quien dé la cara.

—Naturalmente, aunque no hace falta que te expongas demasiado. Puedes llamarle por teléfono y concluir el negocio sin verle la cara.

—Y crees que va a aceptar así como así?

—No tiene más remedio. Si estos rollos llegan «por casualidad» a manos de la SIP, estará irremisiblemente perdido.

—De acuerdo, pero sigo creyendo que sueñas un poco. Simon paga a la policía de Marte y no tiene que temer nada por ese lado. Incluso si los rollos cayesen en manos del comisario, éste se los entregaría a Harold en menos que canta un gallo.

—Ya lo sé, pero yo no he hablado de la policía de Marte, sino de la SIP.

—¿Y cómo harías llegar los rollos hasta ella?

—Avisándolos.

Luigi lanzó una carcajada.

—¡Ya sabes que eso es imposible!

—No lo es. ¿Tienes una emisora aquí?

—Sí. ¿Y qué si la tengo?

—Puedes enviar un aviso a Washington.

—¡No seas ilusa! Los interceptores de la radio de la ciudad se encargarían de convertir mi mensaje en un montón de ruidos de parásitos. No me interesa el asunto, Hilda.

Hilda palideció.

—¿Cómo? ¿Te has vuelto loco? Te ofrezco una fortuna y tú te permites despreciarla de cualquier manera. Simon pagaría lo que le pidiésemos por los dos rollos que tengo en el bolso... ¡Debe de estar verde de miedo en estos momentos!

—No lo creo. Lo que estará es rojo de cólera. Ese Stonosky debe de estar buscándote por todas partes... y no con buenas intenciones.

Ella se estremeció.

—¡Tienes que escucharme. Luigi! Tú bien sabes que éste es un negocio redondo y que podemos ganar una verdadera fortuna entre los dos.

—Ya te he dicho que no me interesa.

Hilda se dio cuenta de que había jugado mal, perdiendo el tiempo miserablemente, pero no era aquello lo que le preocupaba. Por encima de la imagen de Luigi, que tenía enfrente de ella, veía la silueta borrosa del polaco, con aquella sonrisa diabólica, demoníaca, que ornaba sus labios cuando sus manazas de hierro, como tenazas, se adelantaban hacia la garganta de una de sus víctimas.

—¡Tienes que protegerme, Luigi! Déjame aquí, no puedo volver a

la ciudad... ¡me matarían!

—Por eso no te preocupes. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Mientras tendré la ocasión de pensar más detenidamente en este asunto.

Un hipo nervioso sacudió el cuerpo de la aterrorizada mujer.

Había vivido demasiado para no adivinar que un peligro espantoso se cernía sobre ella.

* * *

Las luces de la ciudad aparecieron allí lejos y Robert desconectó el piloto automático, tomando el mando del camión.

Se había detenido escasamente, un par de minutos en Center Site, el tiempo necesario para pagar a Luigi y salir corriendo nuevamente hacia el camión.

No había querido ver a Gina.

Le extrañó un poco que el italiano no le retuviese, obligándole a cenar. Parecía preocupado, pero aquello no le importó a Clak, que deseaba estar el menor tiempo posible en el local, ya que no deseaba encontrarse con la italiana.

Hubiera sido incapaz de retenerse y le hubiera dicho algunas cosas singularmente duras.

El camión penetró, poco después, en el hangar y el simpático Harry llegó junto al «Tiger», esperando que Robert descendiese por la alta escalerilla.

—¿Qué tal ese viaje, amigo?

—Como siempre.

—Debe de haber algo nuevo para ti, muchacho. Stone quiere verte mañana por la mañana.

—¿No sabes para qué?

—No. Sólo sé que está hablando con todos los conductores.

—Bueno, ya veremos. Ahora me voy a cenar y dormir. Estoy cansado.

—¿No has cenado en el Center?

—No. Tenía ganas de llegar aquí.

—Bueno. Que lo pases bien.

—Adiós.

Cenó en una cantina de la calle 23. Después se fue al apartamento y se acostó inmediatamente. Estaba verdaderamente cansado y durmió diez horas, tomando un desayuno fuerte antes de vestirse para ir después, en un taxi, al edificio donde estaban instaladas las oficinas de la Compañía.

William Stone, el director, que le recibió momentos más tarde, era un hombre rechoncho, de hombros caídos sobre los que se asentaba una cabeza con una frente enorme, sus cejas, ya blancas, ocultaban entre su maraña dos ojos azules, límpidos e inquietos.

—Siéntate, Clak... ¿un trago?

—Gracias, señor. Pero acabo de desayunar.

—Como quieras.

Se sirvió un vaso, que terminó de llenar con soda; luego, sentándose frente al joven empezó:

—No hemos tenido ocasión de vernos últimamente, pero esto no es óbice para que haya sentido sinceramente lo ocurrido a tu esposa.

—Gracias.

—Dije a Brenson que te preguntase si necesitaban algo y supongo que lo hizo.

Sí, señor.

—Estos malditos negocios nos tienen agarrados como lapas y, a veces, parece como si uno fuese de piedra y no sintiese el dolor de los demás. Pero eso no es cierto; te lo aseguro.

—Lo comprendo, señor Stone.

—Bien... He hablado con todos los chóferes y ahora voy a decirte lo mismo que a ellos. Tenemos un plan intensivo, de unas tres semanas de duración, ya que la Compañía se ha comprometido a enviar un número de toneladas de uranio rectificado a la Tierra. Esto quiere decir que tendréis que trabajar más intensamente y no gozar de permiso hasta que hayamos acabado. —Finalizó el contenido de su vaso; luego continuó—: Naturalmente, la prima y el sueldo sufrirán un incremento importante durante este tiempo. Hemos pensado daros un treinta por ciento más de salario y subir la prima por viaje a quinientos dólares. ¿Qué te parece?

—Muy bien, señor.

—Claro está, que como los viajes se harán sin parar, hemos de doblar los efectivos de conductores por lo que cada uno de vosotros llevará un ayudante, que podrá hacerse cargo del camión mientras vosotros dormís. Todos los «Tigers» están sufriendo una transformación y hemos modificado la cabina para que quepa un lecho en la parte posterior. La protección contra el mineral radiactivo seguirá siendo la misma; es decir, el muro de plomo tendrá idéntico espesor que hasta ahora. ¿Puedo contar contigo?

—Sí.

—Así lo esperaba. El trabajo empezará esta tarde y ya tienes nombrado un ayudante. Comprenderás que hemos tenido que hacer venir hombres de la Tierra, ya que no encontrábamos lo que

queríamos aquí.

—Lo comprendo.

Stone se puso en pie.

—Quiero decirte también —siguió mientras conducía a Clak hacia la puerta— qué estoy muy contento de ti y satisfecho de tu trabajo. Tu camión no ha tenido, desde que te hiciste cargo de él, más que una avería y no que por culpa tuya, sino por un defecto del montaje de la parte de atrás. ¡Buena suerte, muchacho!

—Gracias, señor.

Todavía se permitió Robert dar una vuelta por la ciudad, recordando los sitios donde solía ir con Dora. Ahora, por el trabajo intensivo que la Compañía tenía, no podría realizar las investigaciones que se había propuesto, pero aquello no quería decir, ni mucho menos, que desertaba de su propósito, ya que era seguro que, después de aquellas semanas, les darían un permiso que pensaba aprovechar intensamente.

Comió en un restaurante donde solía ir con su esposa, como si deseara mantener una unión con un pasado del que no renegaba. Luego, cerca de las cuatro, cogió un taxi y se hizo conducir a los garajes.

Una animación tremenda reinaba allí.

El joven vio muchos rostros nuevos mientras se acercaba al lugar donde estaba Harry. Éste le saludó al verle:

—¡Hola, Clak! Has hablado ya con Stone, ¿verdad, amigo mío?

—Sí.

—¿Has aceptado?

Robert sonrió.

—¿Estaría aquí si no lo hubiese hecho?

—Me alegro. Ven, voy a presentarte a tu futuro hermano gemelo. ¡Eh, tú, el del jersey amarillo!.

Un muchacho delgado, de rostro inteligente, se irguió, después de terminar de arreglarse la cremallera de las altas botas que le habían dado. Era rubio, de piel blanca y ojos verdosos.

Se acercaron a él.

—Aquí tienes a tu compañero, muchacho. Se llama Robert Clak y es un verdadero veterano en la Compañía.

El rubio tendió la mano, que Robert estrechó.

—Me llamo Fred Sullivan, Robert. Y estoy encantado de trabajar contigo. Yo soy, como verás en seguida, el último de los «novatos».

—Ya podéis ir a echar una ojeada a los coches —gritó Harry—. La salida, con escalonamiento de una hora, es para dentro de quince

minutos. —Se volvió a Robert—. ¿Te importaría ser el primero, Clak?

—En absoluto. Me es igual.

—Pues en marcha.

—Vamos —dijo Robert, dirigiéndose a su nuevo compañero.

Pasaron por una pequeña puerta blindada, penetrando en los hangares que contenían los veinte «Tigers» de la Compañía.

—¡Es fantástico! —exclamó el nuevo—. Nunca hubiese creído que existiesen camiones como éstos.

—¿Te parecen muy grandes?

—¡Gigantescos! ¿Qué tonelaje?

—Cien de carga, en bruto.

—Ya veo...

Clak se dirigió al suyo, sobre cuya portezuela y detrás de las letras de la Compañía I.U.C. se veía el número ocho.

—Éste es el nuestro, Fred.

—Estupendo. Creo que no voy a ser muy útil al principio... Nunca vi un motor en mi vida.

—No te preocupes. Aquí no hay motor que valga. Seis reactores son los que proporcionan la energía para moverlo. Nosotros no tenemos más que vigilar que los hayan cargado. ¿Ves? —se había inclinado un poco, mostrando unos niveles de mercurio que había en la parte derecha y bajo la cabina—. Estos niveles señalan que los reactores están llenos. También tenemos otros en la parte superior, La carga es suficiente para un viaje de ida y vuelta.

—¿Qué distancia tenemos que recorrer?

—Mil millas.

—¿A buena velocidad?

—Podemos llegar a hacer las doscientas millas.

—¡Qué bárbaro!

—Todo ha sido calculado para el suelo del desierto marciano. No es de arena, como el de los de la Tierra, sino de pizarra durísima. Por eso llevamos «orugas» en vez de neumáticos. Ningún caucho resistirla el roce con esa pizarra más de una docena de millas.

—Los taxis llevan neumáticos.

—Sí, porque el suelo de la ciudad se hizo de asfalto sintético. Pero, cuando salen de ella, colocan un sistema de cadena sencillo que les garantiza una velocidad mediocre, pero una seguridad de poder volver.

—Todo esto es muy curioso.

—Has llega de la Tierra, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo está aquello?

—Como siempre. Desde luego, las cosas no tienen el tremendismo que aquí. Pero esto es también muy bonito.

—Ya veremos si piensas lo mismo dentro de un par de meses.

Subieron a la cabina, comunicando por radio, a la sala de control, que ya estaban dispuestos. Las puertas enormes, capaces de dejar pasar aquel y mastodonte, se abrieron, y Harry, cuando pasaron a su lado, les hizo un amistoso signo de despedida.

Hasta que no salieron de la ciudad no rompieron el silencio.

Y fue Fred quien lo hizo:

—Verás. Robert..., yo no la conocía; pero, de todos modos...

Robert frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que he oído hablar de lo ocurrido a tu esposa y quiero que creas que lo lamento.

Gracias, pero es mejor que no hablemos de eso.

CAPÍTULO VI



N los ojos de Hilda, cercados por un trazo morado, se cernía una indecible angustia.

—¿Crees que debo acompañarte, Luigi?

—Sí.

—No veo la utilidad.

—Ni yo tampoco. Ya te he dicho que le llamaremos por teléfono. Y no temas: utilizaremos un aparato antiguo, sin pantalla de visófono.

—¿No podrías hacerlo tú solo?

—¿Y si quiere ver los rollos? ¿Y si desea comprarlos en seguida? —su sonrisa se hizo cínica—. A menos que me los dieses.

Ella le miró, ampliándose la angustia de sus pupilas, en una mirada terrorífica. Al mismo tiempo, con ambas manos, aplastó el bolso contra su pecho, como si temiese que alguien se lo arrebataste.

—¿Lo ves? —dijo él, sin dejar de sonreír—. Quieres ganar mucho dinero, pero no confías en tu socio.

—No es eso, Luigi. Pero prefiero tenerlos yo.

—Lo comprendo.

Poco después, estaba atardeciendo, salieron en el coche del italiano, un modelo especial que había sido construido con un doble juego de «orugas» y neumáticos, cambiables automáticamente con sólo tirar de una palanca en el tablero de mandos.

Ella iba sentada al lado de Luigi, pero no despegaron los labios en todo el camino.

Cuando llegaron a Shardópolis, penetraron en la ciudad por una de las puertas automáticas. Ella se encogió sobre sí misma, como si deseara hacerse pequeña e invisible.

Donatello sonrió.

—No temas. —dijo— El polaco no está por aquí.

Ella se estremeció y mirando con odio al italiano le recriminó:

—No te hagas el valiente, Luigi. Si Lukas te echa la mano encima,

preferirás no haber nacido.

Momentos después se detenían en un bar de uno de los barrios modernos. Luigi invitó a la mujer a que descendiese de él, pasando a un «box» en el que estaban completamente solos. Allí había un teléfono de modelo anticuado y cuando el camarero se hubo alejado, después de servirles, el italiano marcó un número.

Ella miraba el combinado telefónico, como hipnotizada.

Poco después oyó cómo descolgaban en el otro extremo.

—¿Diga?

La voz era inconfundible y Hilda tembló de pies a cabeza.

¡El polaco!

—Quisiera hablar con el señor Simon.

—¿De qué asunto, por favor? Soy su secretario

—Y...

Luigi sonrió. Le gustaban aquellas situaciones.

—Ya lo sé, Lukas... Anda, menos cuento y llama al jefe.

—¿Quién es ahí?

—No te importa, Stonosky. Dile solamente que le llama el tipo que tiene las dos cajitas.

Hubo un silencio, seguido de un gruñido.

Después contestaron:

—Espere un momento.

Hilda, por el tono de la voz del polaco, se daba cuenta de toda la furia que debía de poseer en aquel momento. Y como si las manos del asesino se acercasen a su cuello, llevó a él las suyas, protegiéndolas de un peligro inexistente.

—¡Diga!

Era la voz de Simon, y la mujer se tranquilizó un tanto.

—¡Hola, amigo! —dijo Luigi—. Tengo unas cajitas que, según parece, pueden llegar a interesarte muchísimo. ¿No es así?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo que contengan.

—Éstas tienen unos inocentes rollitos de película

—Comprendo. ¿Y qué deseas?

—Dinero.

—¿Cuánto?

—Bastante... Un millón de dólares.

—Estás loco... ¿Qué te he hecho yo, Luigi, para que te portes así conmigo?

—Yo no me llamo Luigi.

—¡No seas idiota! Nadie se atrevería a hacerme eso; es decir, nadie que tuviese dos dedos de frente. Además ¿qué harías con esas cajitas si yo me negase a comprártelas?

—SIP.

Al otro lado, Simon lanzó una carcajada.

—¿Vas a ir tú mismo a Washington, imbécil?

Luigi se mordió los labios.

—Te crees muy fuerte, ¿eh, Simon? Pues has de saber que conozco a un agente del Servicio, aquí, en la ciudad. Y estoy seguro de que le interesaría el asunto y hasta me pagaría bien por las películas.

—¡Eso es mentira! No hay, en todo Marte, un SIP. Yo lo sé mucho mejor que tú.

—Eso es lo que crees. En fin, puesto que ya me has reconocido, no vale la pena discutir más. Voy a darte doce horas para decidirte: si no lo haces, en un sentido o en otro, ya sé yo a quién he de entregar las cajitas.

—¡No hagas el tonto, Donatello! Hasta ahora he consentido tus manejos en Center Site porque no me molestabas. Piensa que tengo el brazo muy largo y puedo darte un disgusto.

—¡Me está entrando miedo, Simon! ¡Un miedo que no me permite sostener el teléfono!... ¡Adiós, amigo!

Y colgó.

—¡Vámonos de prisa, Hilda!

No habían probado nada de lo que pidieron, y Luigi dejó unos billetes sobre la mesa. Momentos después, ya en el coche, atravesaban una de las puertas saliendo al desierto.

Solo una vez en él respiró el italiano.

—Ese cerdo tiene toda la policía de la ciudad bajo su mano y estoy seguro de que a estas horas ya han localizado el sitio desde donde hemos llamado. ¡Pero hay que ser muy listo para atrapar a Luigi!

La noche envolvía al vehículo con una oscuridad densa, que apenas perforaban los faros.

Descolgando unos auriculares, Luigi siguió conduciendo; luego, repentinamente, apagó todas las luces y continuó conduciendo en plena oscuridad.

—¿Qué pasa? —inquirió la mujer aterrorizada.

—Lo que me temía. Simon es un tipo rápido. Ha enviado un helicóptero en busca nuestra; pero no temas, no nos encontrará.

Hubo una pausa.

—¿Crees que será capaz de pagar un millón? —inquirió ella.

Luigi no la contestó de momento. Estaba pendiente del «cazasonidos» y sólo cuando se quitó los auriculares, completamente convencido de que nadie les seguía, preguntó:

—¿Decías algo, preciosa?

— Te habla preguntado si Simon pagará un millón de dólares.

—Claro que los pagará. De momento, se pondrá furioso e intentará apoderarse de las cajitas sea como sea, pero ya las colocaremos en un sitio bien seguro.

—¡Las tendré yo!

Luigi encendió las luces y miró a la mujer.

—¿Es que todavía no tienes confianza en mí?

—No es eso, pero no me separaré de ellas ni un solo instante.

—Como quieras.

Un silencio completo cayó sobre ellos y el viaje continuó.

Con las mandíbulas apretadas, el italiano dejaba que su mente se complaciese en imaginar lo que haría con un millón de dólares; pero, al mismo tiempo, pensaba también en Hilda.

Echó una ojeada al termómetro conectado con el exterior.

—Hace frío ahí fuera —dijo con una sonrisa—; cerca de ciento diez bajo cero...

Ella no contestó nada, absorta por su parte en sus propias ideas.

De repente, cuando menos lo podía esperar, Luigi frenó, arrancándole el bolso por la fuerza y oprimiendo la palanca que abría la portezuela del lado de la mujer.

Lo demás fue sencillísimo.

Levantando el pie, la propinó un golpe formidable. Hilda, adivinando lo que iba a pasar. Intentó afianzarse al asiento, pero no lo logró, siendo despedida al exterior.

La puerta se cerró nuevamente, de golpe.

Acelerando, Luigi se alejó de allí a escape, sin pensar en lo que iba a ocurrirle a Hilda sin chaquetón ni escafandra térmica, en medio del desierto helado, cuya temperatura la paralizarla en pocos segundos, matándola en otros pocos más.

Abrió el bolso con una mano.

Allí estaban las dos cajitas y el italiano sonrió, contemplándolas amorosamente, como si, a través de ellas, viese ya los fajos de billetes que Simon, más tarde o más temprano, tendría que entregarle.

¿Un millón?

¿Acaso no había pedido demasiado poco...?

—¿Me dejas llevarlo ahora un poco, Robert?

Clak asintió, haciéndose a un lado para que su compañero tomase el volante del «Tiger». Lo había sacado previamente de los almacenes de carga de la Compañía en New Ville y ahora sobre la pista del desierto no había peligro alguno que Fred empezase a manejarlo.

Sullivan apretó el acelerador y poco después conseguía las ciento ochenta millas.

—Es emocionante —dijo.

Robert sonrió.

—Ya te irás acostumbrando. Yo, en casi dos tercios del trayecto, coloco el piloto automático.

—Pues yo deseo llevarlo así, normalmente, un buen rato. Me da la impresión de ser yo quien hace mover a esta masa colosal.

—También me pasó lo mismo a mí cuando lo cogí por vez primera. Me parecía mentira que el piloto automático lo controlase mejor que yo. Y cuando lo conectaba, no me fiaba de él y seguía con las manos en el volante. Luego me convencí que es mucho más seguro que un hombre.

—¿Y si encontrase un obstáculo?

—Lo barrerías. Una vez hace dos años, algún idiota dejó, en la pista de Center Site a la ciudad, un coche abandonado. Era de noche y yo llevaba conectado el automático. Estaba casi dormido, pero pude ver el coche a la luz de los faros. No me dio tiempo a más.

—¿Ibas de prisa?

—A doscientas treinta. El «Tiger» no se movió siquiera. De todos modos, lo detuve y volví a ver, por mera curiosidad, lo que había pasado. Lo había deshecho, pulverizado. Por fortuna no había nada dentro; es decir, nadie, puesto que lo habían abandonado. Ya puedes imaginarte la fuerza de un bólido de cien toneladas a más de doscientas millas por hora.

—¡Es espantoso!

Robert consultó el reloj de a bordo.

—Llegaremos con luz a Center Site.

—¿Vamos a pararnos allí?

Clak le miró con extrañeza.

—¿Es que no te han dicho nada?

—¿Qué quieres decir?

—De verdad que no te han explicado lo de Center Site?

—No; te lo aseguro.

Robert soltó una carcajada.

—Han hecho mal en no decírtelo. Porque tengo que ser yo, ahora, quien te dé el disgusto.

—Si no hablas más claro...

—Verás. En Center Site hay una banda de granujas, que debe de estar amparada por la policía oficial.

Fred sonrió.

—Sí, ya me han contado cosas curiosas sobre esta famosa policía de Marte... ¡Una vergüenza!

—Pues bien, como te iba diciendo, hay un grupo de granujas, mandados por un tal Luigi Donatello, al que tenemos que pagar una prima cada vez que vamos cargados.

Sullivan se volvió hacia su compañero, mirándole con los ojos abiertos, como si no diese crédito a lo que acababa de oír.

—¿Que pagáis una prima? Pero ¿por qué? ¿Qué pueden haceros esos desdichados si estáis al volante de algo mucho mayor que un tanque?

Robert torció el gesto.

—No lo comprendes, Fred..., es para evitar jaleos. A mí, personalmente, nunca me han hecho nada. Sólo sé de uno de los conductores que se negó y le dieron una paliza.

—¡No me hagas reír! ¿Son todos campeones de boxeo o cinturones negros de judo?

—No es broma, amigo mío. Yo no digo que no me atrevería a hacerles frente; pero ya te lo he dicho antes...: lo hacemos para evitar complicaciones. Para nosotros, que estamos ahorrando dinero, lo importante es conseguir una suma lo suficientemente alta como para volver a la Tierra e instalar un negocio allí.

—Todo eso es muy humano; pero ¿no os dais cuenta de que dejando a esos tipos que os roben de esa manera contribuís a hacer de Marte un verdadero infierno?

—¿Qué quieres decir?

—Que esta colonia que se ha formado aquí debe ofrecer las mismas garantías de vida que cualquier lugar de la Tierra; de tal forma que la gente no piense en volver como si deseara escapar de un lugar horrible.

—¡Ya veremos cómo piensas dentro de unas semanas!

Fred se mordió los labios.

Durante un rato, a medida que iba anocheciendo y que se acercaban al Center, no despegó los labios.

Después preguntó:

—¿A cuánto asciende lo que hay que pagar a esos tipos?

Robert sonrió, aunque lo hizo sin maldad, pero dándose cuenta de que su amigo empezaba a razonar repuso:

—Son bastante exigentes. Hasta ahora nos han cobrado casi los dos tercios de la prima. Hay también el engaño de la comida, que directa o indirectamente, te fuerzan a tomar. Los precios son abusivos y te dejás casi la totalidad de la prima.

—¿Quinientos dólares cada vez?

—No tanto. Hasta ahora teníamos una prima pequeña. Aunque no hay que hacerse ilusiones.

—¿Por qué?

—Porque esos tipos se enteran de cuando nos aumentan la prima y se mostrarán más exigentes en esta ocasión.

—Es inconcebible... ¡No creí que las cosas estuviesen tan descaradas!

—Tampoco lo sabíamos nosotros al venir, Fred. Nos hablaron de un verdadero paraíso... ¡Un paraíso!

Sullivan no dijo nada.

CAPÍTULO VII



L coloso se detuvo con el suspiro profundo de sus potentes frenos hidráulicos.

Había anochecido ya y Center Site, como de costumbre, ofrecía una iluminación agradable. Las letras azules en las que podía leerse su nombre se recortaban, sobre el primer edificio, contra el fondo intensamente negro del desierto.

—Ponte el blusón térmico y llévate la escafandra —sugirió Robert—. Ahora no hará mucho frío, pero la temperatura habrá descendido mucho cuando salgamos.

Obedeció Fred y ambos jóvenes abandonaron la cálida cabina, atravesando, a paso rápido, el espacio que les separaba de la entrada de la casa. Una vez dentro, Fred se quitó el blusón, después de desconectar el cable del termogenerador del cinturón y echó una curiosa ojeada a su alrededor.

Tres hombres jugaban tranquilamente a las cartas en una mesa del fondo. No hicieron más que mirarle, con indiferencia, siguiendo ocupados con los naipes.

—Sentémonos aquí —dijo Robert.

No hacía falta que llamase a nadie. Un dispositivo de radar, que Luigi había colocado enfocado hacia New Ville, encendía una luz de aviso cada vez que un camión se aproximaba al Center.

Así, cuando apenas se habían sentado, Gina surgió, como siempre, por la pequeña puerta del fondo, brillándole los ojos intensamente al ver que era Clak quien había llegado.

Se acercó a la mesa donde estaban los dos Jóvenes.

—Buenas noches —dijo.

Respondieron los dos, y Fred se dio cuenta de que ella no tenía ojos más que para Clak. Comprendiendo lo que pasaba entre ellos, esbozó una sonrisa.

Pero no dijo nada.

—¿Qué queréis comer? —inquirió ella.

—Yo, lo de siempre —repuso Robert—. Y ahora que me acuerdo, voy a presentarte a mi nuevo compañero en el camión: Fred Sullivan..., ésta es Gina...

—Encantado, señorita.

—Lo mismo digo. ¿Quiere usted probar la comida que hago siempre a su amigo, señor Sullivan, o desea otra cosa?

—La probaré: pero, por favor, no me llame señor Sullivan... Fred es mucho mejor..., ¡y tutéeme!

—Como quieras, Fred. Esperad un poco.

Se alejó y cuando hubo desaparecido, Fred dijo con una sonrisa;

—No sabía que había cosas tan bonitas en Marte.

También Clak sonrió.

—Es una buena chica; es decir, creo que lo es.

—¿Pertenece a la banda?

—No. Su padre es un mecánico de primera fila y su taller sirve de tapadera al negocio de Luigi.

—¿Quién es Luigi de todos aquellos tipos?

—Ninguno. No está esta noche... y me extraña. No suele salir mucho de aquí.

—¿Conoces a esos?

—Sí. Son Toni, Pietro y Enrico..., tres granujas como su jefe.

—¡Se dan una vida de príncipes, por lo que veo!

—No sudan mucho, no...

—¡Naturalmente! Ya procuráis vosotros darles el dinero suficiente para que puedan vivir tranquilos.

La llegada de Gina interrumpió la conversación.

Sirvió la muchacha la comida y, como de costumbre, se sentó junto a ellos, pendiente de Robert.

Éste comió tranquilamente, contento de hacer sufrir un poco a la italiana. Pero al terminar, y recordando las mentiras que le había contado, no pudo por menos de preguntar, con un tono irónico:

—¿Y tu tía, Gina, sigue bien?

Ella le miró, suplicante, como si no deseara recordar nada de aquello; pero, percatándose de la expresión de Robert que no demostraba querer ceder, se lanzó valientemente, con voz aguda:

— ¡Ya sé que te mentí, Robert! Pero no tenía más remedio que hacerlo.

—¿Ah, sí? —ironizó él.

—Sí. Aquella mujer entró en la cocina y me pidió que te dijese

que era efectivamente la hermana de mi padre.

—¿Dónde está ahora?

—En la ciudad, con Luigi.

—Entonces ¿tú no la conocías?

—No la había visto en mi vida. Me rogó algo y creí, por la dolorosa expresión de su rostro, que debía ayudarla.

—Está bien. Demos por olvidado ese asunto.

—¿De verdad que no me guardas rencor?

—De verdad...

Ella fue a coger una de las manos de Robert; pero, al darse cuenta de la presencia de Fred, se sonrojó intensamente, mirando al nuevo amigo de Clak.

Éste sonrió.

—¡No se preocupe por mí, señorita!

Rieron los tres y Fred pidió café y un paquete de cigarrillos. Cuando la muchacha se alejó, Robert inquirió;

—¿Te has vuelto loco, muchacho?

—¿Loco? No entiendo...

—Aquí debes limitarte a la comida, sin ningún extra. ¡Bastante cara nos la harán pagar! Ya verás el suplemento por el café y los cigarrillos...

—No te preocupes. Hoy es mi primer viaje y me siento optimista y poderoso.

—Como quieras...

Volvió Gina con lo que la hablan pedido y Fred Insistió para que ella tomase café en su compañía. Después, al terminar y cuando el primer cigarrillo se convirtió en ceniza, dijo Robert:

—Creo que debemos irnos.

—Encantado, señorita —saludó Fred.

Ella estrechó la mano que le tendían y fue en aquel momento cuando uno de los hombres abandonó la mesa de juego, encaminándose hacia ellos.

—¿Se ha comido bien, muchachos? —inquirió sonriendo.

—¡Estupendamente! —repuso Fred.

—Me alegro. Lo que siento deciros, después de comer, es que la prima se ha aumentado...

En efecto —le interrumpió Sullivan—. ¿Sabes que ahora la Compañía nos da quinientos pavos por viaje?

—Sí, ya lo sé —repuso el otro, un poco extrañado de la sinceridad de aquel novato.

—¡Figúrate! —siguió diciendo Fred—. Quinientos dólares por viaje, como prima, van a significar un ahorro estupendo. ¡Con las ganas que tengo yo de comprar una casita en Nevada! Ha sido el sueño de toda mi vida.

El italiano frunció el entrecejo y mirando a Robert dijo:

—Oye, Clak..., ¿es que no has explicado nada a este tipo? ¿O voy a tener que decírselo yo?

Sin comprender el juego de su compañero, Robert cayó en la trampa.

—Yo ya se lo he dicho.

—¡Ah! —exclamó el hombre, volviéndose hacia Fred—, Ahora comprendo: tienes ganas de broma y es natural; pero has de saber que esta clase de bromas no es de las que me gustan.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay que «aflojar la pasta», amigo: cuatrocientos dólares por cabeza; es decir, cuatrocientos cincuenta para ti, ya que te has sentido príncipe oriental y has pedido unos extras.

—¡Ah! ¿Pero no es la casa la que invita?

—¡Qué gracioso! Venga, pagad...; tenemos interrumpida la partida por vosotros.

—Por mi —repuso Fred imperturbable— podéis seguirla.

—Oye, Robert —Inquirió el italiano—, ¿qué clase de pájaro es tu amigo? ¿Es que desea que le demos una lección?

Fred se acercó más a él.

—El único pájaro que hay aquí, a mi lado, en este momento, eres tú..., y procura hablarme con más educación.

El italiano palideció. Y echándose hacia atrás, intentó lanzar el primer puñetazo, como argumento convincente.

Pero lo inesperado ocurrió.

El pie derecho de Fred subió, a una velocidad fantástica y con una precisión espantosa, golpeando el mentón del italiano, que a su vez fue proyectado hacia atrás, cayendo al suelo con la boca llena de sangre.

Los otros dos se levantaron, acudiendo en ayuda de su malparado amigo.

Pero, como si la hubiese sacado del aire, una pistola de pequeño calibre apareció en la mano derecha de Sullivan.

¡Quietos, amigos! Un paso más y os agujereo la piel... hizo un gesto hacia el arma que empuñaba—. Calibre veintidós, balas explosivas...; hay que tener cuidado.

Robert no daba crédito a lo que estaba viendo.

En aquel momento, el ruido de un coche, al detenerse, llegó hasta ellos.

—Debe de ser Luigi —dijo Robert.

—Mejor que mejor —repuso su compañero—. Tengo ganas de conocerle.

Junto a la puerta de la cocina, con los ojos desmesuradamente abiertos, Gina intentaba creer lo que veía.

Haciéndose a un lado, Fred esperó que la puerta se abriese. Pero esto tardó cinco minutos en producirse.

Finalmente, Luigi penetró en la casa.

La expresión de su rostro atravesó varias fases, mientras su entrecejo se fruncía al ver a uno de sus hombres con el rostro ensangrentado y a Fred, al que no conocía, con el arma en la mano.

—¿Ha ocurrido algo malo? —inquirió dominándose y dirigiéndose a Robert.

Pero intervino Sullivan:

—Tú eres Luigi, ¿verdad?

—Sí... y tú, ¿quién eres?

—El compañero de Robert. Un tipo dispuesto a ahorrar dinero y a que nadie, por su cara bonita, se quede con un solo centavo de lo que gano. ¿Has entendido?

Contra lo que Clak esperaba, el italiano sonrió complaciente.

—¡Hacia tiempo que no me tropezaba con un valiente! ¡Bien, muchacho! Esto se acabó. Desde ahora, los dos hombres del número ocho son nuestros invitados de honor y no pagarán absolutamente nada.

Robert le miró con asombro.

—Ya puedes guardar la pistola, muchacho —siguió diciendo Luigi.

Fred obedeció, pero sin perder de vista a los demás.

—¿Nos largamos? —inquirió, dirigiéndose a su amigo.

—Cuando quieras.

Momentos más tarde, después de haberse puesto los blusones térmicos, los dos amigos abandonaban la casa, encaramándose a la cabina.

Fréd cogió los mandos del «Tiger».

—¿Permites? —preguntó.

— ¡Naturalmente!

Durante los cinco minutos primeros de viaje, ninguno de ellos despegó los labios; pero Robert ardía en deseos de preguntar algo, de decir cualquier cosa. Y sin poderse contener confesó;

—¡Nunca te hubiese creído capaz de plantar cara a esa pandilla!

—¿No?

—Pero has cometido un error muy grave. Se vengarán, no lo dudes.

—No temas, no lo harán.

—¿Tan seguro estás?

—Completamente. Porque al primero que intento algo le tumbo de un balazo.

—¿Quieres acabar en la cárcel?

Fred sonrió.

—Mira, Robert..., es inútil guardar más el secreto. Ha llegado la hora de decirte la verdad.

—¿Qué verdad?

—He venido de la Tierra, especialmente, para ayudarte a descubrir a los asesinos de tu esposa...

—¿Eh? —se alarmó el otro—, ¿Quién demonios eres...?

Ningún demonio...; soy un simple agente de la SIP.

* * *

El hombre que conducía el helicóptero, en medio de la noche marciana, no tenía ningún propósito especial para hacerlo. Había salido del terreno de uno de los más importantes hoteles, donde había pagado una fuerte suma para poder utilizar su aparato, especialmente llevado de la Tierra.

Pero poco le importaba el dinero.

El director del hotel sabía que se trataba del señor Frederick Samber, un as de las finanzas que había hecho aquel viaje con el solo propósito de pasar una quincena de vacaciones en Marte. Había tomado las habitaciones más lujosas y pagado todos los caprichos.

Por eso, por ser un viaje de recreo, fue una verdadera casualidad que al sobrevolar el desierto, viese los faros de aquel coche que se internaba en él.

El hombre sabía que sólo los enormes camiones de la IUC se atrevían a hacer aquel molesto viaje durante la noche, ya que casi ninguno de los otros vehículos existentes en la ciudad estaban dotados de la protección suficiente contra el frío espantoso de las noches desérticas de Marte.

Por eso, justamente por eso, el caprichoso millonario se vio atraído por aquel vehículo, aumentando la velocidad del suyo para intentar ver hacia dónde podía dirigirse el otro.

Su asombro creció al ver que el coche apagaba, bruscamente,

todas las luces. Y llegó a la conclusión de que aquel vehículo debía de estar dotado de un sistema de escucha que le había llevado el ruido de los reactores del helicóptero.

¿Qué debían temer los viajeros de aquel automóvil?

Picado en lo más hondo de su curiosidad, Samber ganó altura, aplicando el silencioso al escape de sus tubos y logrando moverse en el más completo de los silencios; pero, al mismo tiempo, perdió de vista el vehículo que, difuminado en la oscuridad, se había convertido en un objeto invisible.

Frederick sonrió.

Era un hombre curioso, que no solía amilanarse por tan poca cosa. Y con aquella sonrisa expresiva en sus labios, conectó un reflector de rayos infra- rojos, paseando el invisible haz sobre la superficie del desierto.

Samber sabía que los rayos infrarrojos reflejaban la existencia de cuerpos calientes, desde el motor del coche al calor de un cuerpo humano. Por eso no tardó en «ver» la silueta del coche y pudo permitirse, gracias a lo silencioso de su marcha, descender un poco, colocándose a menos de cien metros detrás del misterioso coche.

Estaba intrigado,

«Un vehículo normal —se decía— no apaga sus luces cuando oye el motor de un helicóptero..., a menos que tema algo. Y ésa sería la prueba de que la conciencia de sus ocupantes no estaba del todo tranquila...»

Estaba dispuesto a seguir al coche donde fuese.

Pero, sin dejar de mirar la pantalla donde se reflejaba «la visión infrarroja», vio de repente que una parcela de calor, es decir, un cuerpo vivo se desprendía del vehículo que, ahí mismo tiempo, se alejaba a toda velocidad.

Frederick comprendió inmediatamente lo que pasaba.

Abandonando la persecución del vehículo, descendió, posándose muy cerca de la mancha de calor que iba atenuándose rápidamente. Como llevaba el blusón térmico puesto, saltó de la cabina, corriendo, hacia el lugar y encendiendo esta vez una linterna de luz azulada, que le hizo descubrir un cuerpo caído en el suelo.

Se dio cuenta de que se trataba de una mujer.

Pero, como en aquellos momentos lo que interesaba era alejar a aquella desdichada del frío mortal de Marte, la cogió en sus brazos, regresando a bordo y cerrando herméticamente la cabina.

Se dedicó a reanimar a la mujer, procurándole el calor necesario y utilizando algunas drogas cardíacas que llevaba en el maletín de urgencia del helicóptero.

Dos horas después, tras una intensa lucha, logró que la mujer cayese en un sueño profundo. Entonces comprobó que su corazón latía normalmente y que habla recuperado un poco del calor corporal. De todos modos, las quemaduras que el frío intensísimo habla hecho en su piel la condenaban irremisiblemente a muerte.

El millonario puso en marcha el helicóptero, regresando rápidamente al hotel. Pero en vez de avisar su llegada, aterrizó silenciosamente, y tomando a la mujer en sus brazos la condujo a su propia habitación. Llamó a uno de los mejores doctores de la ciudad con la máxima urgencia.

Entretanto la mujer, que se había despabilado un poco, pero aún en un semicoma, hablaba de muchísimas cosas, diciendo nombres y circunstancias que hicieron fruncir el entrecejo al potentado.

Sentado al lado del principesco lecho donde estaba la mujer, escuchó, con una atención creciente, todo lo que ésta decía, procurando ordenar en lo posible el flujo de ideas desorganizadas que constituían el delirio de ella.

Cuando el médico llegó, Frederick le condujo rápidamente a la habitación, retirándose un tanto, educadamente, mientras el galeno reconocía a la paciente.

El examen duró largo rato.

Mientras, sin interrupción, la mujer seguía delirando, diciendo su nombre y el de otras personas, contando una historia escalofriante.

Al terminar su reconocimiento, el médico inyectó a la mujer, que quedó profundamente dormida en pocos instantes. Luego el doctor, volviéndose hacia el potentado, preguntó:

—¿Dónde la encontró, señor Samber?

—En el desierto. La hicieron caer de un coche. ¿Se salvará?

—No. Las lesiones del frío que, como usted sabe, son quemaduras con destrucción celular, alcanzan un área que hace imposible cualquier auxilio... Las toxinas de las zonas necróticas la envenenarán. No durará mucho.

—Es una lástima.

El médico carraspeó.

—Ya se dará usted cuenta, señor, que es obligación mía comunicar este hecho a la policía. Justamente —sonrió—, soy amigo del comisario general y todo se arreglará para que no sea usted molestado. Aunque es casi seguro que le rueguen que no diga nada de lo que esta mujer ha manifestado.

—¿Acaso no es verdad lo que ha dicho?

—Evidentemente, no. Se trata de un delirio que se suele producir en estos casos de intoxicación masiva. Ya comprenderá usted que toda

esa historia de las películas es pura fantasía. Por otra parte, conozco también a uno de los hombres que ha nombrado...

—¿Simon?

—El mismo. Es uno de los personajes más simpáticos y bondadosos de la ciudad: un hombre cabal de pies a cabeza. No podemos dejar que las estupideces de una delirante manchen su reputación.

—Comprendo.

—¿Puedo usar su visófono? Comunicaré al comisario lo ocurrido...

El millonario dijo tranquilamente:

—Usted no hará nada de eso, doctor.

—¿Eh? No comprendo.

El potentado sonrió.

—Nunca pude imaginarme que la podredumbre de Shardópolis fuese tan intensa, que la gangrena estuviese tan generalizada...

—¿Qué insinúa usted?

—¿Insinuar? ¡No sea necio! Estoy diciendo verdades como puños. Usted va a guardar silencio sobre todo esto y procurará, que se entierre a esta mujer sin que nadie se entere.

—¡Yo no haré eso! Soy un ciudadano intachable y...

—¡Usted es un granuja como todos los demás!

—¡Cómo se atreve!

El puño izquierdo del potentado le envió al otro extremo de la habitación.

—¡Le he dado una oportunidad, imbécil! Va usted a hacer lo que yo le ordene, o le costará caro.

—¿Quién... es... usted? —balbució el malparado galeno.

—¿Qué quién soy? Voy a decírselo, estúpido: soy Donald Callowan, el jefe de la SIP.

CAPÍTULO VIII



IMON se movió inquieto, en su sillón, especialmente construido para él.

Era un hombre enorme, cuya obesidad patológica tenía mucho de repugnante. Sus brazos flácidos salían por las amplísimas mangas de una camisa de colorines y eran como las piernas de un hombre gordo. La carne de su piel, de color blancuzco, poseía un tono enfermizo y desagradable.

—Habrá que hacer una visita a Luigi —dijo.

Lukas, de pie Junto a la ventana, apoyado en una especie de consola y con un cigarrillo en los labios, inquirió:

—¿Amistosa...?

—No sé. Es un pillo estúpido, cuya presencia no debimos consentir jamás. Pero es lo bastante hábil para habernos dicho la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que conoce a un agente de la SIP.

—¡Bah! Todo eso son Idioteces, jefe.

—¿Tú crees?

—Naturalmente. Si uno de la SIP hubiese llegado a Marte, Sipson lo hubiese sabido antes que nadie. La policía y esos tipos del Servicio trabajan siempre de acuerdo. ¿No es así?

—Así suelen hacerlo.

—¿Entonces? Lo que ha ocurrido es que ese maldito «macarróni» se «ha tirado un farol».

—¡Ojalá sea cierto!

—Puede creerme, jefe. Y, si sigue mi consejo, deberíamos hacer una buena visita a Luigi: una de esas visitas que me gustan a mí tanto.

—¿Y si no encuentras los rollos?

—¿Por qué no? ¿Dónde quiere que los hayan escondido?

—En cualquier parte..., fuera de Center Site. ¡Quién sabe dónde!

—¿Qué va! Luigi no es un tipo para tener lejos unos objetos tan preciosos para él..., y que significan tanto dinero. Luigi querrá verlos, cada noche, antes de irse a dormir. ¡Apostaría cualquier cosa a que están en la casa!

—¿Y si no lo estuvieran?

—¿Dónde podría haberlos puesto?

—En cualquier sitio; por ejemplo, en el Canal.

—¿Y qué? Una vez Luigi y todos los que hay allí desaparecidos..., ¿quién va ir al escondite?

—No me gusta eso, Lukas... Quiero tenerlos yo y quemarlos con mis propias manos.

—Los tendrá.

—¿Cómo?

—En el momento que yo «trabaje» a ese italiano, me dirá todo lo que quiera.

—No olvides que no está solo.

—Ya lo sé. Los otros desaparecerán de la misma manera.

Hubo una pausa.

Los gordos dedos de Simon tamborileaban en el plástico que cubría su mesa de despacho.

Luego quiso saber:

—¿Cuándo harías esa visita?

—Hoy mismo. Hay tiempo antes de que anochezca. Tenemos un coche que puede ir por la noche, pero no es lo bastante grande para llevar a todos los muchachos. Prefiero hacerlo en pleno día.

—Como quieras.

—Ya verá como todo sale bien.

—Lo que me interesa es que recuperes los rollos: el resto me importa un bledo.

—Se los traeré.

—Si lo consigues, puedes contar con ese capricho tuyo...

—¿Unas vacaciones en Nueva York?

—Eso mismo

Los ojos de Stonosky brillaron como fuego.

—¡Gracias, jefe! ¡Nueva York! Volver a ver a los amigos y hacer que se les caiga la baba al verme en un coche de último modelo, con los bolsillos repletos de dólares...

—Tú consígueme los rollos y ya puedes contar con el viaje.

— ¡Claro que se los traeré! Puede pensar como si los tuviese ya en el bolsillo.

—Así lo espero.

Lukas hizo un gesto de despedida y salió.

Sentado en su sillón, Simon oprimió un botón y su asiento se puso en marcha.

Hacía muchísimo tiempo que su colosal gordura le impedía andar. Por eso se había hecho fabricar aquella especie de maravilla mecánica sobre la que vivía cómodamente. El sillón llegó a la proximidad de un mueble y Harold oprimió otros botones.

Dos manos mecánicas surgieron, una de cada lado del sillón, al tiempo que una mesita minúscula se desplegaba ante el hombre. Las manos abrieron el mueble, sacaron una botella, un vaso y una caja de bombones, sirviendo a su dueño con la mansedumbre y precisión que sólo puede hacer un mecanismo electrónico.

Recostándose, con los ojos cerrados, Simon dejó que los dedos metálicos, recubiertos por una capa de delicado plástico, fueran poniendo los bombones en su boca y llevando a sus labios, de vez en cuando, el vaso con el jugo de frutas que contenía.

* * *

Luigi terminó de beber lo que quedaba de whisky en su vaso.

—Os digo que Simon no se quedará con los brazos cruzados.

—¿Y qué crees que hará? —inquirió Pietro, que todavía llevaba los labios hinchados del golpe que le había dado Fred.

—Todo menos quedarse quieto. Enviará a sus muchachos aquí.

—Los recibiremos.

Hubo una pausa.

Después Toni Velatto, el más cruel de toda la banda, dijo:

—Ya tengo ganas de tener entre mis manos a ese polaco de todos los demonios.

—Procura no encontrarte con él.

—¿Crees que le temo? Mientras yo tenga mi cuchillo en la mano no temo a nadie.

Pietro sonrió.

— ¡Pues la otra noche bien quietecito te quedaste cuando aquel tipo me golpeó!

—Porque oí el coche de Luigi. No me gusta hacer nada sin que el jefe lo haya ordenado.

Donatello hizo un gesto con la cabeza.

—Estoy madurando un plan —dijo, después de un corto silencio—. Podemos engañar a los hombres de Simon..., si Toni quiere prestarse al juego.

— ¡Cuenta conmigo! —exclamó el aludido.

—De acuerdo. Fíjate bien, Velatto... Vas a coger a Gina y te largas, con mi coche, hacia el Canal. Si los tipos de Simon llegan, simularemos que acabamos de descubrir que nos has robado los rollos y te has largado con ellos. Como ninguno de nuestros coches puede servirte, haremos ver que estamos desesperados.

—¿Y ellos?

—Os seguirán. ¿Conoces el Paso Cortado?

—Sí. Está a unas cien millas de aquí y es aquel pedazo de canal que se derrumbó, dejando una especie de pasillo muy estrecho. ¿No te refieres a eso?

—Exactamente. Si pasas el coche al otro lado y lo escondes, subiendo a lo alto, puedes ocupar una posición privilegiada. Te daré unos cartuchos de TNT, y cuando ellos pasen con sus coches por abajo, los tiras y acabas cómodamente con todos. ¿Qué te parece?

—¡Un plan estupendo!

—Hay que hacerlo en seguida; pero antes vas a escribirme unas líneas, como si de verdad te hubieses llevado los rollos. Se las enseñaremos a los de Simon y así no habrá dudas.

—¿Crees que ellos conocen el Paso Cortado?

—Sí. Y se imaginarán en seguida que te has dirigido hacia allá. Es un escondite perfecto y ya sabes que hay un camino bastante bueno hacia la ciudad.

—O.K. Voy a escribir esa carta.

Lo hizo, yendo después a la cocina, donde encontró a la muchacha.

—Prepárate, Gina.

—¿Para qué?

—El jefe ha dicho que me tienes que acompañar a la ciudad.

—¿Es necesario que vaya yo?

—No empecemos con idioteces. Ya sabes que tienes que obedecer. Nunca le hemos hecho nada a tu viejo, pero podía ocurrírseos...

—¡Basta! Voy a prepararme.

Momentos más tarde, el vehículo se alejaba hacia el desierto, tomando el camino que, en aquel punto, seguía el Canal, separándose de la ruta que los camiones tomaban para dirigirse hacia la ciudad.

* * *

Los dos vehículos habían recorrido las cuatrocientas millas a una velocidad de locura. En el volante del primero, Stonosky hizo que la

marcha alcanzase el límite de los cuentakilómetros.

Tenía prisa por llegar.

Desde que salió del despacho de su jefe no había podido dejar de pensar en la promesa de Simon, que tan ansiosamente esperaba desde hacía una infinidad de tiempo. Y al pensar en ello, sonreía, imaginando todo lo que podía disfrutar en cuanto llegase a América.

Cuando vio los edificios de Center Site, su sonrisa se borró, como por ensalmo, de su rostro, que se contrajo en una mueca cruel, despiadada.

Hizo que los vehículos se detuviesen a medio centenar de metros de los edificios. A aquella hora, era casi mediodía, la temperatura del desierto era perfectamente soportable y no necesitaban ni blusones térmicos ni capuchas aislantes de plástico.

Lukas, prudente, ordenó a varios de sus hombres que rodeasen los edificios, dirigiéndose después hacia la entrada del primero. Sobre la arcilla roja del suelo se veían las huellas que los «orugas» de los camiones habían marcado profundamente al pasar por allí.

Abriendo la puerta de un puntapié, con la pistola ametralladora en la mano, Stonosky penetró en el interior, sorprendiéndose al ver que los allí reunidos gritaban como demonios.

Luigi tenía un papel en la mano.

Al ver a los que entraban, los italianos dejaron de gritar y miraron, como si no comprendiesen, al polaco y sus hombres, que ya estaban dentro y habían cerrado la puerta tras ellos.

Lukas miró al italiano.

—No me esperabas, ¿verdad?

El otro se encogió de hombros.

—Sí, te esperaba..., justamente para tratar contigo. ¡Pero ya no vale la pena!

—¿Qué quieres decir?

El otro le tendió el papel escrito que tenía en la mano.

Stonosky lo leyó rápidamente:

Querido Luigi: No te considero capaz de llevar este asunto a buen término. Eres, ahora puedo decírtelo, demasiado cobarde para enfrentarte a Lukas y a su amo. Por eso me he apoderado de los rollos y me llevo, al mismo tiempo, tu mejor coche y a Gina, que está de acuerdo conmigo. Ya verás, imbécil, cómo nosotros sacamos el dinero a Simon. Y hasta es posible que tenga la ocasión de hundir mi cuchillo en las tripas de esa rata polaca...

Lukas se puso blanco y sus labios se tomaron exangües de tanto apretarlos.

Luego con voz ronca preguntó:

—¿Cuándo se han ido?

—Hace una hora.

—¿Sospechas hacia dónde?

—No lo sé; pero no creo que haya sido tan loco como para dirigirse hacia la ciudad.

—Le hubiésemos visto si hubiera tomado esa dirección.

—Entonces no ha podido dirigirse más que hacía, el Canal.

Hubo una corta pausa, después de la cual Stonosky dijo:

—Le encontraré, aunque tenga que recorrer todo el planeta. Y cuando lo encuentre, le haré arrepentirse de lo que ha escrito aquí. ¡Vamos!

Salió del local, pero ordenó a cuatro de sus hombres que estuviesen allí cerca, apostándose y dispuestos a impedir que el italiano se alejase de Center Site.

—Si asoma uno la cabeza —ordenó a los suyos—, disparad, sin tirar a dar. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Los dos coches partieron hacia el desierto, tomando la dirección oblicua que Toni, había cogido. Una hora más tarde, forzando los reactores, veían el Canal en la zona donde estaba situado el Paso Cortado.

Lukas se detuvo.

Sin decir nada, con el entrecejo fruncido, estuvo examinando el lugar, fijándose en los altos picachos que dominaban el desfiladero que el hundimiento de la estructura del Canal había producido.

Luego, dirigiéndose a uno de sus hombres, ordenó:

—Di a los del segundo coche que avancen directamente hacia el Paso. Nosotros nos acercaremos a la muralla y subiremos por esa parte de atrás, que no es visible desde arriba.

—¿Temes algo?

—No lo sé, pero no me fio de nadie.

Se transmitió la orden y los dos vehículos, después de acercarse al paso, de manera a no ser visibles desde lo alto, se separaron. El de Lukas se detuvo, siguiendo el otro el camino hacia el Paso, donde penetró a toda velocidad.

Una horrenda explosión sacudió el Canal.

— ¡Ya lo pensaba! —rugió Stonosky—. ¡Ese perro de Luigi quería engañarnos!

—¿Volvemos? —inquirió uno de sus hombres.

—Luego. Ahora vamos a dar su merecido a ese Toni...; quiero ver la cara que pone al ver de cerca una «rata polaca»...

La ascensión se hizo por una zona que se mantenía constantemente oculta y fuera de una posible vigilancia desde la cima del Paso. Lukas condujo a sus hombres a la máxima velocidad, llegando el primero a una especie de comisa que rodeaba, en semicírculo, un pico que había quedado indemne del derrumbamiento del Canal.

El polaco corrió por la cornisa, sonriendo al ver a Toni y a la muchacha, ésta resistiéndose, que iban descendiendo un sendero escarpado por el otro lado.

— ¡Levanta las manos, Velatto. Y suelta a la chica!

Toni obedeció, al tiempo que su rostro tomaba un tono cerúleo. Al volverse y reconocer a su enemigo, que creía muerto, no pudo evitar un estremecimiento.

Lukas se acercó a él.

Con ademán rápido le desarmó, tirando la pistola al fondo del Paso; luego, con una sonrisa diabólica, al tiempo que sus hombres llegaban junto a ellos, le gritó:

—No pensabas encontrarte con la «rata polaca» tan pronto, ¿verdad, Toni?

— ¡Fue Luigi quien me dictó la carta! ¡Todo ha sido cosa suya!

—Ya lo sé..., pero apostarla cualquier cosa a que lo de «rata polaca» salló de tu cabeza.

— ¡No es verdad! Lo inventó él.

—Es mejor que me digas la verdad, «macarroni». Ya sabes que odio a los embusteros. No me hagas perder la paciencia y dime la verdad.

Toni dudó unos segundos; después concedió:

—Bueno..., la frase sé me ocurrió a mí. Pero no quise insultarte. Era sólo para ponerte furioso.

—Comprendo. Nunca me has tenido mucha simpatía, ¿verdad?

—Eso no cuenta ahora.

—¡Cogedle!

Todos los esfuerzos que Toni hizo por desasirse fueron inútiles. Venció el número y pronto, cuando el otro dio las órdenes, estaba atado a uno de los picos.

—Te voy a dejar aquí, Toni...; esta noche, cuando la temperatura empiece a bajar, notarás que el cuerpo te hormiguea de una manera espantosa. Poco a poco, el frío irá penetrándote y te quemará como si te pusiesen cigarrillos ardientes en todas partes...; morirás poco a poco.

— ¡No hagas eso, Lukas! ¡Mátame ahora y acaba de una vez!

—No, Toni...; quiero que pienses mucho en mí, en «la rata polaca». Y que se desorbiten tus ojos de terror a medida que el sol vaya ocultándose...

—¡Mátame, Lukas!

—Ya lo hará el frío, Toni... Pero, de todos modos, alégrate. El tiparraco que te ha metido en esto va a sufrir mucho más que tú. Creo que saber eso te alegrará los últimos instantes. ¿Conoces el «péndulo»?

Velatto se estremeció.

—Veo que sí. Pues eso es lo que voy a hacer con Luigi. ¿Verdad que lo pasará mal?

—¿Por qué no me pegas un tiro, Stonosky?

—No pierdas el tiempo. Has matado a algunos de mis muchachos y eso hay que pagarlo. Ya sé que no tienes los rollos, pero Luigi me dirá dónde están. ¡Vamos, muchacha!

Mientras bajaban, en busca del coche, oyeron los alaridos de Toni, que pedía, desesperada e inútilmente, una muerte rápida.

Gina estaba pálida como la cera.

CAPÍTULO IX



STAN aún ahí dentro?

El hombre asintió y Lukas se pasó la lengua por los labios; sus ojos adquirieron un brillo metálico.

—Vamos todos a la casa —ordenó.

Luigi, Pietro y Enrico jugaban a los naipes; pero al ver al polaco, los tres palidieron intensamente, como si alguien hubiera pasado sobre sus rostros un invisible pincel empapado en yeso.

Stonosky sonrió.

—No me esperabas, ¿eh, Luigi?

—¿Qué quieres decir? No te entiendo...

Y como el polaco no dijese nada preguntó;

—¿Habéis cazado a Toni?

—Sí, y no...; en realidad, ha sido él quien ha cazado a la mitad de mis hombres.

—¡El muy canalla! —exclamó Luigi desesperadamente.

—Eso mismo es lo que iba yo a decir. Aunque Toni no es, en el fondo, un mal muchacho.

—¡No digas eso!

—No es malo. Es un chico obediente, voluntarioso, pero un poco impulsivo. ¡Lástima que tenga que helarse, en cuanto se haga de noche, atado a aquellos riscos!

Luigi se estremeció.

—¿Cómo? ¿Le has dejado vivo?

—Sí.

Y después de una pausa dijo:

—Ahora nos toca a nosotros, Luigi. Ya sabes a lo que he venido..., no me gusta perder el tiempo: o me das los rollos, ahora mismo..., o las cosas van a ponerse bastante feas para ti.

—No los tengo.

—Esperaba esa respuesta. ¡Cogedle!

Lo hicieron, sin que los otros dos italianos se moviesen. En realidad, poco podían hacer, ya que los compañeros del polaco les tenían encañonados con sus pistolas.

Gina estaba en un rincón.

— ¡Acabad con éstos! —ordenó Lukas.

Llamearon los cañones de las armas y los dos italianos cayeron acribillados. Gina lanzó un grito espantoso y ante la mirada fulminante de Stonosky, ocultó el rostro entre las manos, llorando en silencio.

—Atadle las manos... y los pies.

Ellos habían comprendido lo que el polaco iba a hacer con el Italiano y dejaron un buen trozo de la cuerda con la que le ataron los pies; después, sin que Lukas tuviese que dar nuevas instrucciones, le colgaron por los pies de una de las vigas del techo, dejando la cabeza a unos treinta centímetros del suelo.

—¡Tú, Gina! —gritó el polaco.

Ella descubrió su rostro, arrasado por las lágrimas.

—Trae una palangana, o mejor un barreño. Acompañadle uno de vosotros.

Salió la muchacha, con uno de los bandidos detrás, regresando después con un barreño ancho. El polaco desnudó casi completamente a los dos italianos muertos, echando la ropa en el barreño; pidió después a Gina que le llevase alcohol y llenó el recipiente, vaciando las dos botellas que había llevado la muchacha.

Luigi sudaba copiosamente.

—Pronto empiezas... —sonrió cínicamente Lukas.

Dos hombres se colocaron, a ambos lados del Italiano y Lukas le empujó hacia uno de ellos que, a su vez, lo envió a su compañero de enfrente; después, a un gesto del polaco, lo pararon.

—Ya comprendes el juego, Luigi. Mis hombres te darán un Impulso más o menos fuerte...; todo dependerá de lo que digas. Podemos oírte perfectamente.

Donatello no dijo nada.

Volvieron a impulsarle, como a un péndulo humano y Lukas lanzó un fósforo sobre el barreño. Una llamarada azulada se elevó de la ropa embebida en alcohol.

Luigi cerraba los ojos al pasar por la llama, sintiendo un calor horrible pero los otros, Impeliéndole con rapidez. Impedían que se quemase.

—¿Dónde están los rollos?

Luigi permanecía mudo.

A un gesto del polaco, uno de ellos le empujó un poco más despacio, haciendo que permaneciese sólo unas fracciones de segundo sobre las llamas. Fue como una bofetada de fuego que le penetrase en el cráneo. Cejas y pestañas ardieron, consumiéndose en un abrir y cerrar de ojos.

Tiró el otro de él y Luigi pudo respirar, pero la sensación de quemazón le hería ya profundamente.

—¿Dónde están los rollos?

Otro empujón, mucho más suave que el anterior y Donatello creyó que todo su cráneo ardía. El fuego le levantó la piel, en amplias ampollas y sintió que iba a quedarse ciego.

Como los cabellos le ardían, Lukas ordenó que le retirasen, lanzándole un cubo de agua. La sensación de frescor, momentáneamente deliciosa, fue seguida de un escozor horrible.

Lucas volvió a preguntar:

—¿Dónde están los rollos, Luigi?

Donatello lloraba, quizá por reacción de defensa, protegiendo sus ojos; pero, al mismo tiempo, sollozando, con voz cascada dijo:

—Los puse en el camión de Robert...: es el número ocho...

—¿Dónde los pusiste?

—Debajo... del tablero..., en la cabina...

Lukas se dio cuenta de que decía la verdad.

Y deseando terminar cuanto antes, ya que su rencor había desaparecido, dejando el lugar a una sensación de triunfo, sacó la pistola y disparó contra la cabeza de Luigi, matándole en el acto.

Era lo menos que podía hacer por un hombre que habla confesado.

Miró hacia Gina. que yacía en el suelo desmayada, y con una sonrisa ordenó:

—Llevaos esos cadáveres y tiradlos al Canal. Esperaremos aquí a que llegue ese dichoso camión. Lo demás será fácil.

* * *

Habían hablado mucho, muchísimo, sobre todo Robert, durante el viaje a la ciudad y durante el que hicieron, aquella misma noche, hacia las minas.

Fred se explicó con claridad:

—Yo no podía decirte nada, —dijo— al principio, porque no sabía qué clase de hombre eras. Yo tampoco sé mucho del asunto, ya que el jefe me dijo solamente que tenía que venir para investigar la muerte

de tu esposa. Me ordenó que me pusiese en contacto contigo y que nos ayudásemos mutuamente.

—Comprendo.

Pasaban en aquel momento delante de Center Site y pronto lo dejaron detrás.

Iban hacia la mina.

—Tú que eres policía —dijo Robert, mirando de reojo a su compañero— y después de todo lo que te he explicado, ¿crees a Dora culpable?

—Es una pregunta —confesó el otro— que me gustaría poder responder ahora mismo. De todas maneras, no pudo ser muy grande su culpabilidad, ya que la banda de Simon la empleó, con toda seguridad, en misiones sin importancia.

—Entonces... ¿por qué la mataron?

Fred se mordió los labios.

Hubiese querido poder decir la verdad a su amigo, al que ya apreciaba sinceramente; pero era algo que Callowan le había prohibido.

—No lo sé —repuso. Y deseando cambiar de conversación atacó a su vez—. ¿Puedo hacerte una pregunta sincera, Clak?

—Las que quieras.

—Espero que no te molestes. Porque no es simple curiosidad; te lo aseguro.

—Pregunta ya.

—¿Estás enamorado de Gina?

Robert se pasó las manos por los cabellos, mirando un punto delante de él, al otro lado del parabrisas; después, como si hablase consigo mismo, dijo:

—No puedo decirte la verdad, Fred, sencillamente porque tampoco la sé yo. No creas que no me he preguntado eso muchísimas veces. No, creo que no.

—Qué, ¿no la quieres?

—Eso es. Es decir, la aprecio muchísimo y hubiese hecho algo, cualquier cosa por ella, por ayudarla, ya que comprendo que no es ése su sitio y que debe de estar sufriendo lo indecible entre esos granujas; pero... —y hubo una larga pausa— yo no he querido más que a Dora.

Sulllvan sonrió.

—Gina es una muchacha estupenda, admirable. Y comprendo que hayas sentido ganas de protegerla,

Y tras un silencio, dijo:

—Igual me ha ocurrido a mí.

Fue ahora Clak quien sonrió.

—Ya me di cuenta de cómo la mirabas aquella noche cuando nos paramos a cenar en el Center. Y comprendo tu admiración, porque es muy atractiva... Yo me he encontrado con ella en un dilema raro; a veces, cuando acababa de verla, creía estar positivamente interesado por ella; después, reflexionando un poco, llegaba a la conclusión de que me hubiese gustado, por ejemplo, que fuese la hermana de Dora. Sí, eso es: me habría encantado tenerla en casa, con mi esposa, sabiéndola fuera de la influencia nefasta del ambiente donde la desidia de su padre la ha obligado a estar.

—Tienes un buen corazón.

—No lo creas. Ya te he confesado que a veces creí que mi interés por esa chica era otro; pero por suerte siempre venció en último instante el sentido común.

Fred sintió que una felicidad nueva le invadía.

Habla dicho algo de lo que experimentaba por Gina: muy poco. Porque, en realidad, se sentía atraído por la joven con una fuerza irresistible. Y puede suponerse lo que padeció al creer que Robert estaba enamorado de ella.

La carga de uranio se hizo sin novedad, y el camión volvió rápidamente hacia la ciudad, cruzándose con cuatro en el primer tramo del camino de vuelta.

—Nunca hubo tanta actividad en la ruta como ahora —dijo Clak.

—Es natural —repuso su amigo.

Y sonrió, como si aquello significase algo más para él.

Después de un silencio que duró largo tiempo. Robert, viendo que se acercaban a Center Site, inquirió:

—¿Vamos a parar?

—¡Naturalmente!

—Creo que te expones demasiado, Fred.

—¿Por qué? Esa gente no puede hacernos pagar más que la cena... La otra vez nos invitaron.

—Cosa que no comprendo de Luigi.

—Porque no estás acostumbrado a tratar con tipos de esa calaña. Toda esa gente tiene que desaparecer de aquí, Robert. Ya te dije que Marte ha de dejar de ser el infierno que es para los que trabajan en él y convertirse en una zona normal, en un punto donde los hombres, con su esfuerzo, lleguen a lograr los objetivos que se proponen.

—Tendréis que cambiar toda la policía del planeta.

—¡Y lo haremos! Tú no conoces a Donald Callowan, nuestro jefe. En el momento que desea limpiar un sitio, lo hace a fondo, cargándose

cuantos obstáculos se oponen a sus propósitos.

—¿Hace mucho tiempo que eres de la SIP?

—Cinco años, sin contar los tres que pasé en la Escuela Especial de Washington.

—Debe de ser una profesión emocionante.

—No lo sabes bien; pero, sobre todo, lo que más nos enardece es la personalidad de Callowan. Vale demasiado y los que delinquen lo saben. Es un hombre extraordinario. Siempre obra de la misma manera, yendo directamente al nudo del asunto. Y lo más formidable de él es que casi siempre sabe todo lo que ocurre al empezar a ocuparse de un caso.

—Con un jefe así, dará gusto trabajar.

—No lo dudes

Fred, que llevaba el camión y que había desconectado ya los reactores, detuvo el vehículo con un frenazo suave. Faltaban aún unos minutos para que anocheciese, pero ya estaban iluminados los edificios del Center.

—¿Cenamos un poco? —propuso Sullivan.

Robert sonrió.

—Y vemos a Gina, ¿verdad?

Fred le dio un palmotazo amistoso en la espalda.

En realidad, Gina le interesaba, pero no tanto como para olvidar lo que le había dicho Callowan, ordenándole que vigilase aquel lugar y especialmente a Luigi, ya que sabía que los rollos estaban en poder del italiano. Por desgracia, no podía decir nada, por el momento, a su amigo.

Se dirigieron hacia el local de la parte anterior y Robert empujó la puerta. Llevaba el blusón en la mano, ya que no hacía aún el suficiente frío como para ponérselo.

Fred le seguía.

Ni uno ni otro se dieron cuenta de nada hasta que estuvieron dentro. Al verse rodeados y amenazados con revólveres, se miraron el uno al otro, sin comprender.

—Regístralos —ordenó Lukas, dirigiéndose a uno de sus muchachos.

Lo hizo el aludido, encontrando el revólver de Sullivan.

Al verlo, el polaco frunció el entrecejo.

¡Caramba! No suponía yo que los conductores fueran armados. ¿De dónde han sacado esto?

—Lo traje de Nueva York —repuso Fred.

—Nueva York —suspiró Stonoskv; luego tomando contacto con la

realidad, miró fijamente a Fred—: ¿Qué hacías allí?

Sullivan sonrió con descaro.

—Lo que se podía; es decir, algo parecido a lo que tú haces aquí. Pero las cosas se pusieron mal y hubo que largarse.

Lucas miró a aquel hombre con simpatía y un poco de envidia. Pero desconfiado como siempre.

—No puedo prometerte nada, muchacho; tu menos por ahora. Pero ya nos veremos otro día. —Y dirigiéndose a los otros—. ¡No los perdáis de vista! Pueden sentarse y que la muchacha les sirva algo.

Obedecieron y Gina, mortalmente pálida, les sirvió unos bocadillos. Los ojos de la muchacha estaban cercados de morado, como si hubiese llorado mucho.

—¿Y Luigi? —preguntó Robert.

—¡Silencio! —gritó uno de los que le vigilaban—. ¡Déjate de preguntas y sigue comiendo! La curiosidad puede cortarte la digestión.

Lukas apareció diez minutos más tarde. Llevaba el blusón térmico y se echó la capucha a la espalda en cuanto entró. Una satisfacción sin límites iluminaba su rostro.

— ¡En marcha, muchachos! ¡Ya tenemos los que buscábamos!

Y mirando a los chóferes dijo:

—Vosotros podéis seguir comiendo. Después de todo y sin saberlo, os habéis portado bien. Tú —y señaló a Fred— me verás dentro de un par de días. Si lo que has dicho de Nueva York se confirma, dejarás de conducir camiones y llevarás una vida mas tranquila.

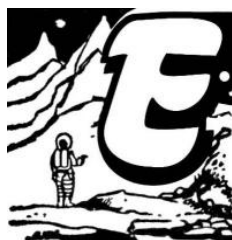
—Gracias —repuso Sullivan.

—Os aconsejo que no saquéis las narices cuando salgamos —dijo otro de los hombres—. Podría empezar a llover plomo.

Y salieron.

Durante unos instantes los dos hombres y la muchacha, que estaba en pie junto a la mesa, no oyeron nada; después, bruscamente, el motor del coche del polaco se dejó oír intensamente, alejándose luego.

CAPÍTULO X



STALLÓ Gina en sollozos.

Levantándose. Fred intentó calmarla y ella le sonrió agradecida; en aquel preciso instante la muchacha vio algo en los ojos de Sullivan que no había descubierto aún.

Por eso lanzó una mirada de pena hacia Robert, que le sonreía con simpatía.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Fred.

—Los mataron a todos... A Luigi le torturaron bárbaramente y a Toni le abandonaron ayer en el desierto, junto al Paso, en el Canal.

—Ya habrá muerto.

—Seguro.

—¿Sabes algo de lo que decían ahora, Gina? —inquirió Robert.

Ella asintió;

—Sí. Estuvieron hablando de unos rollos de película que Luigi había ocultado en el tablero de vuestro camión.

—¡¡No!! —exclamó Fred, palideciendo.

—¿Qué ocurre? —Inquirió Robert, extrañado del cambio de expresión de su amigo.

Éste cerró los puños.

—¡He fracasado! ¡Y pensar que los rollos los teníamos delante de las narices!

Miró a Clak, intensamente.

—¿Podríamos alcanzarlos, Robert?

—¿A éstos?

—Sí.

—Creo que sería posible. Su coche no puede correr como el nuestro. No olvides que los vehículos de turismo no se mueven fácilmente en el desierto, aunque lleven «orugas».

—¡Vamos, entonces! ¡Tú también, Gina!

Parecía como si una fiebre loca se hubiese apoderado de Sullivan.

Una vez en la cabina del camión, señaló el volante a Robert.

—Llévalo tú, amigo mío. Nunca lograría sacarle todo lo que tú podrías hacerle correr.

Injectando el combustible en los reactores, Clak puso el «Tiger» en marcha, lanzándolo por la pista que los mojones fosforescentes iluminaba y delimitaba.

Fue aumentando de velocidad.

—¿Qué son esos rollos? —inquirió, desgarrando el silencio que se había hecho.

—Ya te lo explicaré más tarde —repuso Fred—; pero, de todos modos, has de saber que de ellos depende que descubramos la verdad sobre tu esposa.

—¿Eh?

—Es verdad, Robert.

Presa de una rabia súbita, Clak apretó el acelerador al máximo. La aguja saltó del «100» al «180», casi de golpe.

Todo el camión vibraba al impulso enorme que estaba recibiendo.

Manteniendo los focos cercanos, de modo a que no se vieses desde muy lejos, Robert empezó a incrementar nuevamente la velocidad. Cargado como estaba, hasta los topes, el vehículo se estaba convirtiendo en un bólido cuyo poder era sencillamente horroroso.

200 millas por hora.

Poco después, inyectaba los nuevos reactores de auxilio y la aguja subía a 220 millas por hora.

—¿Nos llevan mucha ventaja? —inquirió Fred.

—Un poco. Pero no te preocupes... a esta velocidad, pronto los veremos

Y apretó aún más el acelerador.

240 millas.

Un rugido colosal surgía del camión, sometido al máximo esfuerzo, con sus cien toneladas de carga bruta. El juego de «orugas», que estaba siendo lubricado automáticamente, chirriaba con intensidad debido a que la grasa no llegaba en la cantidad que era necesaria.

Robert hizo jugar todos los inyectores y el chirrido cesó al cabo de pocos instantes.

Había conseguido las 300 millas por hora.

El vehículo no podía dar más de sí y Clak se afianzó al volante, rogando porque ningún obstáculo Imprevisto se presentase.

Parecía que intuía la catástrofe.

En efecto, diez minutos más tarde, una pequeña claridad apareció

delante de ellos. Comprendiendo de lo que se trataba. Fred dijo:

—¡Son ellos. Robert! ¡Frena un poco!

Clak hizo lo posible, pero jamás logró lo que deseaba.

A pesar de que los mecanismos hidráulicos, combinados con los extintores de los reactores, entraron en acción al unísono, la inercia de movimiento era demasiado grande para lograr que el vehículo se detuviese en los trescientos metros que le separaban del coche de los bandidos.

El choque fue espantoso.

Para los ocupantes de la cabina del «Tiger», no fue más que una especie de sacudida sin ninguna importancia; pero para los otros significó la muerte instantánea y la reducción a pedazos de su coche.

Una llamarada inflamó el aire al estallar los reactores del turismo del polaco.

—¡Para!

Se detuvo finalmente el coloso y Fred, poniéndose el blusón, abrió la puerta.

Antes de bajar pidió:

—Enciende los reflectores y sigue mi marcha... ¡Tengo que recuperar los rollos, sea como sea!

Obedeció Fred y durante cerca de una hora siguió los movimientos de su amigo, inundándole con la potente luz de los reflectores. Finalmente, Sullivan regresó a la cabina.

Estaba descompuesto.

Dejándose caer en el asiento, sin mirar a Robert. dijo con voz apenas audible;

—Vamos a la ciudad.

Clak puso el coche nuevamente en marcha, no incrementando demasiado la velocidad.

Un silencio molesto se hizo en la cabina.

—¡He fracasado! —exclamó Fred, rompiéndolo—. ¡Imbécil de mí!

Robert y Gina juzgaron que era mucho mejor no decir nada. Y así llegaron al hangar, dejando el vehículo. Después, una vez en la calle, Robert miró a sus dos amigos y una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

Venid conmigo. Voy a confesar mi fracaso.

* * *

Donald les hizo sentarse, sirviéndoles después, amablemente, una bebida.

Fred le habla explicado ya lo ocurrido.

Sentándose a su vez, Callowan encendió un habano y Fred frunció el entrecejo, ya que su jefe no solía hacer aquello a menos que hubiera conseguido un triunfo completo.

De otra manera fumaba cigarrillos.

—Todas las explicaciones —dijo de repente— se le deben a usted, señor Clak.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Es que la muerte de mi esposa ha quedado aclarada, señor?

—Por completo; es decir —sonrió—, hace ya tiempo que supimos a qué atenernos. Cuando recibimos la noticia de su muerte.

—¿Cómo es eso? —inquirió Robert, más extrañado que nunca—, ¡Si ni siquiera apareció en los periódicos de aquí!

—Es natural. Pero voy a empezar por el principio —aseveró Callowan.

Dio una buena chupada al habano, exhaló el humo por boca y nariz y dijo:

—Había una muchacha, llamada Dora Larson, su nombre de soltera, que trabajaba para nosotros desde hacía dos años...

—¿Eh? ¿Dora...?

—Déjeme seguir, señor Clak. Esa muchacha soñaba con ser agente de la SIP y lo logró, un poco antes de casarse con usted. Su boda nos afectó un poco, ya que pensábamos utilizarla en algunas cosas. Y, generalmente, cuando uno de los agentes se casa, deja de formar parte de los cuadros de acción del Servicio.

—Comprendo.

—Pero ocurrió algo muy curioso, amigo mío. Dora, que seguía en comunicación con nosotros, nos dijo que su esposo, usted, iba a marchar a Marte para formar parte, como conductor, de la IUC. Aquello nos abría nuevas posibilidades, ya que deseábamos saber qué era lo que pasaba por aquí.

»Poco antes de marchar de la Tierra y mientras usted sufría los exámenes preparatorios, Dora estuvo en Washington y recibió instrucciones concretas, así como un material especial para su trabajo.

»Tenía órdenes de interesarse por la vida de un tal Harold Simon, que, a todas luces, se había enriquecido demasiado aprisa para que su prosperidad fuese normal. También sabíamos, naturalmente, aunque de una manera oficiosa, que la policía local se había vendido al mejor postor: el dinero.

»Dora no podía, en modo alguno, decirle a usted la verdad. Y aprovechando sus ausencias continuas, se lanzó valientemente al trabajo, con el entusiasmo que la caracterizaba.

—¿Logró algo?

—Todo. Dora era manicura; es decir, nosotros la preparamos en esa profesión. Y cuando llegó a Marte empezó a trabajar de esa manera, entrando en contacto con los personajes más importantes de la ciudad. Yo sabía que era muy hábil y que iba a constituir, permítame la expresión, un cepo Insuperable.

»Así ocurrió, en efecto.

»Simon vio que aquella muchacha entraba en muchas casas cuyos secretos le interesaban. Y, ni corto ni perezoso, tal y como yo lo había Imaginado, estableció contacto con Dora, tratando con ella de negocios.

—¿Qué negocios?

—Muy sencillo. Él quería que ella, que entraba en muchísimos domicilios importantes, para hacer la manicura de señores de primera fila, aprovecharse la ocasión para recoger cosas que pudiesen utilizarse después como chantaje.

»Simon fue tan amable como para procurar a Dora una micro-cámara, montada en un artístico broche, con la que pudiese filmar documentos o escenas con sonido, que comprometiesen a los interesados.

—¿Hizo Dora eso?

—Sí. Era su deber y lo cumplió a rajatabla. Pero, al mismo tiempo, nosotros le hablamos procurado otra cámara, mucho más perfecta que la de Simon, que iba Incrustada en el anillo que Dora llevaba y que dijo a usted que había heredado de su madre.

Era un anillo antiestético, feísimo, pero dentro tenía algo de incomparable valor.

»Ella continuó su trabajo, procurando a Simon muchos detalles que hicieron que éste tuviese una confianza ciega en su esposa. Era, precisamente, lo que buscábamos.

»Y así Dora pudo filmar y captar escenas y palabras, así como documentos, que demostraban claramente la culpabilidad y los sucios manejos de Harold.

—¿Cómo descubrió éste la verdad?

—A eso vamos. A pesar de ser un agente de primera fila, Dora, no lo olvidemos, era una mujer casada, una mujer enamorada de su marido.... La tensión nerviosa y el miedo a que usted descubriese la verdad, echándolo todo a rodar, llegó a producirle un estado de ánimo desastroso. Deseando curarse, fue a ver a un psicoanalista y eso fue lo que la perdió.

—¿Por qué?

—Porque el médico le hizo un narcoanálisis, sin que ella se diese

cuenta, y así se enteró de todo lo que Dora llevaba en la cabeza.

—¡Canalla!

No se preocupe: está detenido y terminará en la cámara electrónica. Pero sigamos: Dora, poco después, notó un cambio, o debió de notarlo, en sus relaciones comerciales, llamémoslas así, con Simon. Razonando, llegó a la conclusión de que el médico debía de haberse enterado de todo. Y se dio cuenta de que estaba perdida.

—¿Por qué no me lo dijo entonces!»

—No le dieron tiempo. Su sentencia de muerte estaba firmada y Simon envió a Frank Trupper a que la matase y se apoderase de los dos rollos de película que ella llevaba en el bolso.

—¿Dónde está ese Frank?

—Cálmese, Robert... Frank fue asesinado por el polaco y su amiga huyó, queriendo vender a Luigi los rollos. Lo demás ya lo saben ustedes. Es decir, salvo algunos detalles. Preocupado por la suerte de Dora y después de enviar a Fred a Marte, vine yo mismo, bajo la identidad de un potentado americano y por una verdadera casualidad llegué a tiempo de salvar a Hilda, que murió poco después, sabiendo entonces dónde estaban los rollos.

»Sabiendo que Simon no iba a quedarse tranquilo y que era imposible comunicarse con nosotros, Luigi tuvo la idea de esconder las cajitas en el tablero del camión, tal y como me han contado ustedes.

—¡No me lo recuerde, jefe! —suplicó Sullivan.

—No tiene importancia, muchacho.

—¿Cómo que no tiene importancia? ¿Y cómo podremos ahora inculpar a Simon y demostrar sus crímenes?

—Eso ya está hecho.

Le miraron con asombro.

—¿Es... verdad? —inquirió Robert.

—Completamente, amigo mío. Puede estar usted orgulloso de su esposa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Escuche. Viéndose irremisiblemente perdida, Dora no perdió la sangre fría y jugó una última baza con una maestría maravillosa. Los rollos que Frank le quitó al matarla, los que Hilda entregó a Luigi, los que éste escondió en el tablero, los mismos que cayeron en poder del polaco y que finalmente ardieron o se destruyeron con el choque que tuvieron ustedes con su coche..., ¡no contenían más qué película velada!

Pareció como si los ojos de Fred fuesen a salirse de las órbitas.

—¿Eh?

—Eso mismo, amigos. Dora sabía que la iban a matar y quitarle los rollos. Y preparó la trampa, como si supiese que sus enemigos, empujados por la ambición, no iban a detenerse en examinar la película.

—¿Y el verdadero film?

—Usted lo tuvo, muchas veces, en la mano, señor Clak.

—¿Yo? —se asombró Robert.

—Sí, usted... Dora tuvo tiempo de coserlos en el interior del abrigo de pieles.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me he permitido pasar por su apartamento y traerme todos los objetos que pertenecían a su esposa. Ya comprenderá que tuve que pensar en ello.

—¿Y cómo sabe usted que la otra película era velada?

—Porque, junto a lo que he encontrado en el abrigo, había un mensaje para mí... y una carta para usted.

—¿Una carta?

—Bueno..., una cinta magnetofónica, destinada a usted. ¿Quiere oírla? Está en el aparato, en esa habitación de al lado.

Robert se puso en pie. Estaba muy pálido.

—Quería hacerle una última pregunta, señor Callowan.

—Diga.

—¿Cómo se enteró de la muerte de Dora?

—Ya sé por qué me lo pregunta, Robert. Le extrañará que, haciendo la policía todo lo que podía para ocultar lo que aquí ocurría, no tuviéramos un medio normal de enterarnos. Pero nosotros también sabemos jugar nuestras cartas.

»Hay un servicio de Censo muy útil, por el que las autoridades de Marte están obligadas a comunicar a la Tierra los nacimientos y las defunciones. Aparentemente, esto no sirve más que para cosas de estadística; pero, en realidad, nos enteramos de todo por esa sencilla vía. Así, cuando leímos que una tal Dora Clák había muerto, fallecido, de un ataque al corazón, supimos que nuestra agente habla caído en el cumplimiento de su deber.

—Muchas gracias.

Salió de la habitación, penetrando en la que Callowan le había señalado. El aparato estaba allí y Robert lo miró con prevención; después, decidiéndose, lo puso en marcha.

Hubo un suave chasquido —Clak se había sentado— y luego llegó hasta él la voz de su esposa:

Querido.es triste tener, que decirte estas cosas cuando no puedo estar a tu lado..., y aunque no dudo que el señor Callowan te lo habrá explicado todo, no puedo perdonarme el haber sido tan estúpida como para no haber valorado mejor nuestra felicidad... De todos modos, amor mío, estoy segura de que me comprenderás y de que comprenderás también que tiene que haber gente que luche contra el mal, allí donde se encuentre... ¡Hubiésemos podido ser tan felices!... Pero todo esto está fuera de quicio y no puedo dejar de estar orgullosa de ti y de agradecerte todo lo que me has dado... Sólo quiero que todas tus dudas desaparezcan, aunque no habrás tenido muchas, y sepas que tu mujer te ha amado siempre con toda la fuerza de su corazón... Adiós, cariño -, mi Robert...

Se detuvo la cinta y Clak permaneció unos instantes como anonadado; después, mansamente, las lágrimas salieron de sus ojos, bajando por sus mejillas curtidas hasta que un gusto salado invadió su boca.

Diez minutos más tarde, completamente sereno, pasaba a la otra habitación.

Donald le miró.

—¿Y bien...? —inquirió.

—Ha sido maravilloso, señor. No sé cómo agradeceréelo.

—Ella lo merece todo.

—Sí.

Callowan señaló a Fred.

—Ahora tenemos que felicitar a esta pareja. ¿Sabe que me han dicho que se querían?

Robert miró a sus dos amigos con simpatía.

Era de esperar. Pero para usted no debe tener importancia.

—¿Qué intenta decir?

—Que pierde usted un agente en Fred, pero que gana otro.

—¿Quién?

—Yo.

— ¡Robert! —exclamó Gina.

—¡Chico! —se asombró Fred.

—Está decidido —repuso Clak—. Lo que Dora acaba de decirme me ha señalado el camino... ¿Puedo ingresar en la SIP, señor?

Callowan sonrió; después, con voz cálida, dijo:

—¡Naturalmente, muchacho!

Y sacando un puro brindó;

—¡Esto merece un brindis para ustedes... y un habano para mí!





¡UN LIBRO AUDAZ HUMANO... Y
TERRI-BLEMENTE ALECCIO-
NADOR!

EL Sr. RIPOIS
Y
LA NÉMESIS

por
LOUIS HEMON

Las mujeres son como incautas mariposas en las redes del señor Ripois. Pero al final de una serie de conquistas casi vergonzosas, el sórdido egoísmo del protagonista encuentra su Némesis

vengadora

EL Sr. RIPOIS Y LA NÉMESIS

El mito de «Don Juan», resucitado por el despreocupado cinismo de un alegre seductor francés, entre las brumas de la puritana Inglaterra.

230 páginas formato 13'5 X 20'5 Precio: 65 Ptas.

Pídalo en todas las librería y a
EDICIONES TORAY. S. A. - Amoldo de
Oms 51-53

BARCELONA

UN REGALO DE HORAS FELICES

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el Imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CHELO MAS AZUL, LAS FLORES MAS FRAGRANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Que terrible secreto encierran aquellas misteriosas desapariciones? ¿Algo convierte a personas honradas en asesinos sin conciencia?

HOMBRES SIN ALMA

OTRA NOVELA DEL FORMIDABLE ALAN STAR, EL ESCRITOR QUE USTED PREFIERE!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONE
TORAY, S.